

Mariana Travacio

CENIZAS DE
CARNAVAL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice de contenido

Portadilla

Cenizas de carnaval

Certeza de lo inmóvil

Los Osorio

Cantero

Es de noche y en la otra orilla

Matriz

Temprano en el penthouse

A media voz

Parsimonia

Entre gardenias

Cenizas de carnaval

MARIANA TRAVACIO
CENIZAS DE CARNAVAL

Travacio, Mariana

Cenizas de carnaval / Mariana Travacio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-521-9

1. Literatura. I. Título.

CDD A863

© 2018, Mariana Travacio

Todos los derechos reservados

© 2018, Tusquets Editores S.A.

Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: marzo de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-521-9

*A Susana Albanese, en su tanto recitarme.
A Agustín, Julia y Laura, en sus ojos primigenios.*

Pero si con la edad nos da por repetir ciertas historias no es por demencia senil, sino porque algunas historias no paran de ocurrir en nosotros hasta el final de la vida.

CHICO BUARQUE

Cenizas de carnaval

Siempre el mismo inoperante; nunca entiendo lo que me escribe. Leo: Ausencias de ayer: Jorge Loprette. Motivo: Viajó entierro abuela, murió abuelo, aguardaron cremación. Lo releo dos veces más y levanto el interno: Dígame, Gómez, ¿quién carajo murió?, ¿el abuelo de Loprette o la abuela? Y Gómez: ¿Le puedo explicar? ¿Voy a su despacho un minuto? No, Gómez, no tengo tiempo, respóndame lo que le pregunto nomás. Bueno, en realidad, murieron los dos. La abuela ya había muerto y el que se murió ahora fue el abuelo. Bueno, Gómez, pero entonces escíbame que murió el abuelo nomás, ¿para qué me mete lo de la abuela? Me pone: ausente por fallecimiento abuelo y yo entiendo. Es que es un poco complicado el tema. No, Gómez, me hace perder el tiempo. Corto con Gómez y releo. Me doy cuenta de que no me quedó claro. No puedo llamarlo de nuevo y pedirle que me venga a explicar. Opto por llamar a Loprette: subo y le explico, me dice. Acepto y aparece en mi despacho. Lo veo íntegro como siempre: la camisa planchada, el rostro como si acabara de afeitarse, la sonrisa dibujada, ni larga ni corta: un auténtico monigote. Le digo que lo lamento y eso basta para que me salude como si yo conociera los pormenores. No sé bien qué pasó, le aclaro, y me puteo por dentro: ahora me va a contar todo con lujo de detalles y a mí qué carajo me importa quién murió con todo lo que tengo que hacer. Escucho: Viajamos a Uruguay a tirar las cenizas de la abuela. Nos costó bastante que toda la familia tuviera francos al mismo tiempo: le habíamos prometido a mi abuelo que algún día viajábamos todos juntos y lo llevábamos al río. Tardamos bastante, en realidad, porque mi abuela murió en abril del año pasado. (Saco cuentas: la vieja murió hace más de nueve meses). Pero bueno, se nos dio ahora, en carnaval. Ah, entonces todo bien con tu abuelo. No, no, mi abuelo es el que se murió ahora, el sábado de carnaval. Pasa que no cremaban el domingo y nos tuvimos que quedar hasta el lunes. (Amaga a sacar un comprobante del bolsillo y lo freno con la mano; pongo cara de pésame y Loprette sigue). Mi abuelo la tenía a mi abuela en una urna, en la mesa de la entrada. Él quería que fuésemos todos a tirar las cenizas al río. Fuimos ahora, y había que ver a mi abuelo besando las rosas blancas antes de pasarlas por las cenizas, y después besando las cenizas y tirando las flores al río, una por una. No nos dejaba tocar la urna, nada. Solo metía las flores en la cajita y

después las besaba con los ojos cerrados y después los abría para ver cómo caían al río. Y empezaba de nuevo. (A esta altura Loprette me entenece: pongo cara de estar sumamente interesado y él sigue). El río quedaba como a ochenta kilómetros de la casa; mi abuela quería que la tiraran al río del pueblo donde nació. En realidad, mi abuela era adoptada, porque había nacido de una unión por compromiso. (Abre grande los ojos cuando dice esto). La madre de mi abuela tenía quince años cuando la tuvo. La obligaron a casarse con un hombre de setenta. Su madre la obligó, porque el señor era rico. Ella no quería, porque estaba enamorada de un muchacho de su edad, pero la obligaron igual. Le dijeron que, total, como el viejo tenía setenta, ella iba a enviudar pronto y se quedaba rica y con toda la vida por delante. Cuando se casaron el viejo le dijo que no quería tener hijos. Nunca los había tenido; igual le aclaró que ahora tampoco quería. Ella quedó embarazada enseguida, así que ahí nomás de casados, nació mi abuela. Pero como no querían hijos, se la regalaron a la mucama: Tita, si usted la quiere, llévesela. Mi abuela tenía dos días cuando la regalaron. Eso sí, le pone María de las Mercedes, le dijeron, pero ella se plantó: Si me la regalan a mí, el nombre se lo pongo yo. (Loprette lleva los cinco dedos al pecho cuando dice esto: supongo que le da gusto esta parte de la historia). Y le puso María Emilia, nomás. Así que mi abuela se llamó Emilia y nunca le faltó nada, porque esta señora trabajó mucho para que nada le faltara. La alimentó bien y la mandó a la escuela y se ocupó de que mi abuela no tuviera que trabajar mientras terminaba sus estudios. Un día, la madre adoptiva le dice: Su madre se está muriendo, vaya a verla. Y mi abuela, que siempre supo la verdad, le dice: Madre tengo una sola y es usted. Si m'hija, pero esa señora se muere y como usted no la vea ahora, no la ve más. Lo curioso del asunto es que se cruzaban todo el tiempo en el pueblo. Vivían todos en ese pueblo, así que mi abuela era chica y se cruzaba en la plaza, en la iglesia, en las tiendas, con esos padres que la habían regalado. No se saludaban, pero ella sabía bien quiénes eran. Bueno, la cosa es que mi abuela termina accediendo y va esa tarde al hospital. Estuvo varias horas con su madre: se moría de cáncer a los veintisiete. Supo que había tenido dos hijos más y que también los había regalado. Y fíjese que acabó muriendo ella antes que el viejo, que seguía vivo y coleando. Supongo que la madre de esta joven debe haber muerto poco después, envenenada por su mal tino. Pero, vea cómo era mi abuela: cumplió con el pedido de su madre, porque pasó esa tarde en el hospital, al lado de su progenitora que se moría, pero se encargó de decirle, claramente, que si hubiese sido por ella, no iba. La mujer falleció al día

siguiente. Calculamos que murió de pena; hay que engendrar tres hijos y regalarlos todos, como se regalan perros, o gatos. Dos años más tarde, el viejo la manda a llamar a mi abuela. Ella tenía catorce en ese momento. Le dice que le quiere dar su apellido, y algunas propiedades. Mi abuela le dice: Si he vivido todos estos años sin su nombre, es evidente que no lo necesito. Y si he vivido todos estos años sin sus riquezas, es evidente que tampoco me hacen falta. Lo contaba siempre, sin pena. El viejo vivió seis años más. Murió a los noventa. No dejó descendencia y nadie lo heredó. Un viejo de mierda, evidentemente. (A esta altura lo escucho a Loprette con toda mi atención y ya no recuerdo lo que tenía que hacer: controlar la planilla de ausentismo, revisar los consuetudinarios errores de Gómez, caminar por los pasillos con cara de perro, ¿qué más da?). Un personaje tu abuela, le digo, y Loprette asiente: mis abuelos se conocieron para la época de la muerte del viejo. Fueron pobres mucho tiempo, pero mi abuela, con su personalidad, fue consiguiendo cosas. En un momento entró a trabajar en una fábrica textil, entró como ayudante de segunda y al poco tiempo era la encargada de la fábrica. Años más tarde abrieron una cantina propia, mi abuela empezó en la cocina, mi abuelo servía los platos; a los clientes les encantaba lo que cocinaba la abuela y pedían más; terminaron contratando cocineros para atender los pedidos: ella misma los entrenaba hasta que se aprendían las recetas de memoria. La Emilia se llamaba la cantina. Al tiempo abrieron dos sucursales más: La Emilita, en un local pequeño, y La Gran Emilia, un año después, en una esquina que triplicaba el espacio de La Emilia original. (A Loprette le bailan los ojos cuando cuenta esto, como si le costara creer la vida de la abuela o como si esa vida le figurara su propia redención). Entre la abuela y el abuelo manejaban las tres cantinas. Les fue muy bien. De hecho, mi abuelo no tenía problemas económicos últimamente. No es que se pudiera dar grandes lujos, pero cobraba la jubilación y tenía sus ahorros. Para alguien que había sido pobre, era mucho. Y él estaba orgulloso de no tener que pedirle nada a sus hijos. Se las arreglaba solo.

Tenía un hermano, mi abuelo; nunca se visitaban. Vivían en pueblos vecinos, pero el traslado era una complicación para ellos, así que se llamaban por teléfono, los domingos, siempre a la misma hora, y era gracioso escucharlos. Esto me lo contaba mi abuela, cuando se escapaba a la ciudad, porque le encantaba ir al cine, y al teatro, y allá no podía. La conversación duraba un minuto y veinte segundos. Ella los cronometraba: ¿Todo bien?, decía uno, Todo bien, respondía el otro, ¿Y la Emilia bien?, Sí, bien, y así seguían:

un minuto veinte para constatar que seguían vivos.

Desde de la muerte de mi abuela, el abuelo se dio el lujo de tener más perros. Se entretenía con eso. Porque a mi abuela no le gustaba que él le metiera todos esos perros en la casa. Había tomado la costumbre de ir a la carnicería de Tito; le vendía carne barata, porque sabía que era para los animales: todos perros de la calle que lo esperaban en la puerta porque él les daba de comer. Como las viejas que alimentan gatos, o palomas. Mi abuelo alimentaba perros. Mientras mi abuela vivía, no los dejaba entrar en la casa. Decía que le ensuciaban todo. Solo aceptó a Lola: era tan callejera como todos, pero tenía unos ojos raros, un poco caídos, como necesitados, y miraba fijo, entre sus pelos lánguidos, y era imposible bajar la vista, uno se la quedaba mirando, como si sus ojos hablaran. Acabaron por dormir con Lola en la cama. Si hubiera sido por mi abuelo, los hubiera metido a todos, porque sé que a él le daba mucha pena dejarlos afuera, sobre todo cuando llovía: no le gustaba nada que se mojaran. A veces yo lo llamaba por teléfono y me daba cuenta de que estaba preocupado: mañana va a llover, me avisaba, y yo sabía que me lo decía por los perros. Pero viste cómo es tu abuela. Sí, abuelo, pero no te preocupes, ellos van a estar bien, le decía yo. Eran nueve perros estables, a veces se sumaba alguno, o alguno moría, pero recuerdo que nueve venían siempre, con Lola eran diez. Y la cosa es que cuando murió la abuela, ya el viejo los metió a todos adentro. No lo decía. Supongo que no quería que supiéramos que contradecía a la abuela, pero yo sé que los dejaba entrar, porque nunca más me avisó si iba a llover o no. Me imagino al abuelo durmiendo en esa casa con sus tantos perros y supongo que se sentiría acompañado. (Empiezo a tener otra imagen de Loprette: en la oficina da una imagen distinta, como si llevara un encono de siglos en sus camisas planchadas; suelo mirarlo con cierto desprecio, como haciéndole notar la desconfianza que me genera. Pero hoy lo escucho inocente, como si sus palabras se desprendieran limpias, sin inquinas. Supongo que las mías son menos llanas). La mañana que llegamos a su casa yo me quedé tomando unos mates con el abuelo mientras mi viejo y mi hermano iban a hacer algunas compras para los días que nos quedábamos ahí. Lo encontré bien, con su melena gris impecable, porque el viejo tenía sus pelos intactos, y se los dejaba largos, hasta los hombros, y se los peinaba para atrás. Me da un mate y veo que clava la vista en el jardín. Mirá, me dice, y queda como hipnotizado. Sin sacar la vista de eso que veía, se para, abre un cajón sin mirarlo, y agarra la tijera de memoria. Va despacio, el viejo, como si quisiera que algo no se le

espantara, y llega al rosal, en el fondo del jardín. Había una rosa blanca, inmensa, en una de las ramas. La corta y vuelve feliz. Es para tu abuela, dice, mirá qué ejemplar, y me lo planta en los ojos. Yo asiento, muy linda abuelo, y espío la ternura con que la agrega al florero, ya lleno de rosas blancas, que tiene al lado de la urna. Después vuelve a la mesa y me pregunta si quiero otro mate. Le digo que le toca a él y me sonrío: tenés razón, pibe. (Me doy cuenta de que Loprette me tiene agarrado y me cuelgo pensando en lo mal que me llevo con mi esposa; dudo que nos regalemos rosas en nuestros funerales).

Che, Jorge, ¿y qué pasó con tu abuelo?, le pregunto porque el abuelo parece bastante entero como para morir así, tan de golpe. Y escucho a Loprette que sigue: Bueno, después de tirar las cenizas al río, cuando volvíamos por la ruta, noto que se pasa las manos por el pelo, como si se peinara a cada rato, y escucho que dice: bueno, ya está. Y unos minutos después: Bueno, ya está; y otra vez ese gesto echándose el pelo para atrás. Estuvo así los ochenta kilómetros de vuelta: ya está, decía, ya está. Esa noche fuimos al corso. Sí, puede parecer extraño, pero la abuela había muerto diez meses atrás, y ya la habíamos llorado. Acompañar al abuelo a tirar las cenizas al río era más para respetar la voluntad de la abuela que por otra cosa. Y era carnaval, además, así que mi viejo nos ofreció salir un rato y mi hermano y yo aceptamos. Le preguntamos al abuelo si estaba bien y nos dijo que sí. Esto fue el viernes. Al otro día nos despertamos cuando el abuelo estaba cebando sus mates. Ya había alimentado a los perros y se lo veía bien. Nos sentamos a desayunar y a mi viejo le agarra antojo de comer tostadas con dulce de leche; le ofrezco acompañarlo a la panadería que estaba a diez cuadras. Mi hermano se queda con el abuelo. Habremos tardado una media hora, o cuarenta minutos, no más. Cuando volvimos, estaba muerto. (Loprette me cuenta todo esto con una sonrisa y por alguna razón me doy cuenta de que no es que no le duela sino que siente orgullo por lo que cuenta; pienso que tiene razón: no tuve abuelos ni la mitad de poéticos). Lo que cuenta mi hermano es que estaban tomando unos mates y el abuelo le dice que quiere cortar unas flores. Agarra la tijera y sale al jardín. Mi hermano se distrae, no lo sigue con la mirada, no se acuerda, pero cree que fue al baño, o algo así. Lo que recuerda es que enseguida un vecino toca timbre, desesperado: tu abuelo se cayó, le dice, y corren a verlo. Lo encuentran tirado, al fondo del jardín; tenía dos rosas blancas en una mano. La tijera estaba en el pasto. Lo tratan de resucitar pero no hay caso, no respira. Lo que cuenta el vecino es que estaba en su balcón y lo ve al viejo que sale. Dice que le gustaba verlo cuando salía al jardín, con sus pasos decididos,

directo al rosal, a cortar alguna flor, o a sentarse en el banco del fondo y quedarse ahí, mirando la pareja de zorzales, con Lola echada a sus pies. Esta vez ve al abuelo que alza un poco los brazos, corta las rosas y enseguida se agacha, como agarrándose las tripas, y ahí se queda, quieto. Entonces, sale disparado de su casa, para avisar que algo malo pasaba. Le toca timbre a mi hermano y, cuando llegan al jardín, lo encuentran así, tirado, y Lola a su lado, lamiéndolo, caminándole alrededor. Hacen lo posible, incluso llaman a otro vecino que es médico, pero nada. Murió, nomás. (Me dan ganas de preguntarle si cree que el abuelo murió porque cortó las flores y se dio cuenta de que ya no tenía donde ponerlas; algo me dice que no tengo que hablar, que si hablo Loprette va a interrumpir el relato, y quiero seguir escuchándolo, pero no aguanto, y le pregunto). Es posible, me dice, pero creo que murió de alivio. El abuelo anduvo esperando todo este tiempo para cumplir la voluntad de su esposa: no se hubiera muerto antes de tirar esas cenizas al río. Creo que toda esta demora le alargó la vida, en todo caso, y no sé si la habrá pasado bien. Pero se tenía que ocupar de sus perros, le digo, ¿o no? Sí, eso lo habrá mantenido también. ¿Y Lola? ¿Adónde va a vivir ahora? Bueno, a Lola se la lleva una familia que vive cerca del río donde tiramos a mi abuela. ¿Y tu abuelo? ¿Qué hicieron con las cenizas? El abuelo pidió lo mismo que la abuela, así que por ahora lo cremamos y, no sé, tendremos que viajar de nuevo, cuando podamos, para llevarlo al río. Loprette dice esto y se para abruptamente: gracias por su tiempo, me dice. Entonces me paro para despedirme y me sorprende con un abrazo que no alcanzo a retribuir. Me siento mal por eso. Pero de verdad que no me lo esperaba y fue tan corto que no alcancé a reaccionar. Pensaré que no me importa nada. Veo que cierra la puerta y me doy cuenta de que me quedo absorto, los músculos rígidos, preguntándome si es posible morir así, de puro alivio, en carnaval. Se va tranquilo, Loprette, no debe saber que me deja espantado, con tanto que hacer y tratando de adivinar si mi esposa besaría, de esa manera, una rosa blanca, o una flor cualquiera, en mi funeral.

Certeza de lo inmóvil

Aplasté un mosquito contra la pared de mi estudio. Era un mosquito grande. Quedó estampado contra la pintura grisácea. No quedaron rastros de sangre. Solo su esqueleto bidimensional, reseco. Está ahí hace veinte meses. No se descompone. Sigo viendo cuatro patas y dos alas. Calculo que las dos patas que me faltan, las que no logro ver, deben haber quedado aplastadas debajo de su abdomen. Le pedí a Luisa que no lo tocara. Luisa es muy puntillosa y me lo hubiera quitado enseguida. Le pedí que lo dejara porque necesito algún referente, algo inmóvil, un punto de concentración. El resto de mi vida no me deja en paz, se descompone, se volatiliza, se desordena. El mosquito me devuelve certeza. La vida se degrada en un agitarse de vientos y de sombras, ese menearse constante de todo, ese devenir al vacío. No lo tolero. Martina se fue porque le pedí que se fuera. Ya no la soportaba: era puro movimiento. Se despertaba y me carcomía los segundos, las sábanas, el aire, la taza de café. Un día le dije que ya no podía, que por favor me dejara. No me dijo nada: metió su ropa en un bolso y desapareció. Eso me hizo mucho bien al principio. Después me di cuenta de que no era Martina. Era el viento, o era Luisa, o era algo empeinado en tocarme las cosas. Yo con mi necesidad de sosiego y los objetos obstinados en convulsionarse o desaparecer. Entonces le pedí a Luisa que limpiara, porque no era cuestión de vivir en la mugre, pero que no moviera las cosas de lugar. La entrené en eso de levantar un cuaderno, pasar el trapo debajo y volver a apoyarlo en su lugar. La entrené en eso de observar con detenimiento la posición de cada objeto, de cada elemento: ella estaba autorizada a sacar, exclusivamente, las partículas de polvo, del piso o de los estantes, de la mesa o del escritorio. Solo partículas de polvo. Me costó que entendiera que no estaba autorizada a remover los restos de jabón de la jabonera. Que tampoco debía cambiar toallas ni zarandear sábanas ni barrer las hojas del otoño. Logré, a medias, que me dejara la taza del desayuno en el exacto lugar donde yo la había apoyado, que me dejara los pantalones tirados sobre el piso, donde yo los había dejado caer, que dejara mis papeles intactos, que me dejara asumir que no era otro que el viento el que había tocado las hojas muertas en el jardín. Pero le tuve que decir este tema del mosquito,

porque lo que nunca logré es que no me tocara las manchas en la pared. Luisa repasaba la casa, lo poco que yo le dejaba tocar, y entre sus prohibiciones no se encontraba este asunto de las paredes. Un día hice una marca en los azulejos del baño, mientras me bañaba: dibujé una cruz, una cruz de restos de jabón, una cruz opaca sobre los azulejos brillantes: una cruz de grasa seca, así se veía. Y cuando regresé a casa ese día, fui a constatar mi cruz y ya no estaba. Concluí que Luisa me tocaba las paredes: abolía sus marcas, las volvía dinámicas, les quitaba certeza. Entonces me reuní con ella, al día siguiente, y le expliqué. No alcanzó a comprenderlo. Yo me di cuenta porque empecé a hacer trazos por toda la casa. Dibujaba un círculo a lápiz en la puerta blanca del baño, o dibujaba un monigote en la pared de mi cuarto, o un asterisco en el marco de la puerta de entrada y Luisa, invariablemente, me sacaba todas y cada una de las marcas. Eso inauguró una etapa bélica entre nosotros. Por eso tuve que reunirme con ella tan especialmente en ocasión del mosquito. Se lo mostré con toda dedicación. Le hice notar que solo se veían cuatro patas y dos alas. Le hice advertir que las otras dos patas debían estar bajo su cuerpo. Le expliqué con todo detenimiento que ese mosquito me pertenecía y que era indispensable que no me lo quitara. Ese día, Luisa lloró. Nunca supe por qué. No fue un llanto declarado, manifiesto. Fue contenido, como tragándose, pero las lágrimas le caían despacio, sobre sus surcos de vieja, sobre sus labios marchitos. Yo no dije nada, pero casi lloro con ella. Supongo que ella lloraba por algún recuerdo de mis miedos infantiles, de ella acurrucándose en su regazo inequívoco de entonces. Yo, en cambio, hubiese llorado de odio, o de desmoronamiento. Un poco por sus lágrimas y un poco porque no lo tocó me di cuenta de que esa comunicación entre Luisa y yo había resultado efectiva. El mosquito sigue ahí y a mí me hace tremendamente feliz verlo todos los días, y todas las mañanas, y todas las noches, cuando vengo a mi estudio a escribir, o a leer, y lo veo estático, en el mismo sitio, incommovible. El mosquito me devolvió, además, otra certeza: que Luisa podía escucharme. Que Luisa entendía. No como Martina, que no escuchaba, que no entendía. A Luisa yo le importaba. Eso fue reconfortante en esa etapa. Una etapa corta, porque duró unos seis meses, pero apacible. Martina ya no estaba para alterarme con sus exigencias, con su presencia, con su agitar el aire y remover objetos y sacudir palabras y pretender respuestas y Luisa se mostraba de lo más amable, caminando como furtiva, dándome el placer del silencio y de lo incólume. Logró arrancarme unas cuantas sonrisas e, incluso, alguna que otra palabra y hasta acepté, en tres ocasiones durante esa etapa, que me trajera un café al

estudio, que es como decir, que tocara mi taza, y mi café, con el riesgo de que no dejara todo en su lugar. Pero Luisa era muy cuidadosa en esos días y dejaba las cosas siempre en la posición correcta. Yo estaba extasiado, y agradecido, y consideré que podía prolongar mi vida largamente en esa situación. No podía pedir mucho más. Dadas las circunstancias, había logrado muchísimas certezas. Casi nada se movía por sí mismo, casi nadie me hablaba sin que yo lo buscara y el mosquito seguía allí.

No recuerdo exactamente cuándo empezó a ocurrir, pero sí recuerdo que fueron varias noches consecutivas. Estaba en mi estudio, era tarde, prácticamente de madrugada, nadie a mi alrededor, un clima ventoso, eso sí, porque estábamos en primavera, y en primavera el viento se obstina, y empezó a ocurrir algo curioso: la puerta de mi estudio, por mucho que yo la cerrara, volvía a abrirse. Empecé a tener la idea de que el viento la abría. Entonces me paraba y la volvía a cerrar. La primera vez que esto ocurrió, la cerré tres veces y las tres veces se volvió a abrir. Opté por dejarla entreabierta. La segunda noche pasó algo parecido y me inquieté un poco más. Me empeñaba en cerrarla, pero ella se abría. Acabé dando dos o tres portazos que resquebrajaron el marco de la puerta. Al cabo, la puerta quedó abierta, pero apoyada contra el marco, y ya no volvió a molestar. Me fui a dormir algo excitado. Después vino una noche de vientos continuos y quise asumir que la puerta se abriría, por fuerza. Opté por cerrarla con cuidado cuando entré a mi estudio, a leer un rato, antes de acostarme. Me cercioré de que el pestillo se hubiera incrustado en el hueco. Tironeé del picaporte y comprobé que estaba debidamente cerrada. No obstante, al cabo de una media hora, la puerta se abrió. La cerré, como siempre, pero enseguida volvió a abrirse. Esta vez se abrió lo suficiente como para que pasara un cuerpo; se abrió como si alguien la abriera. Eso pensé en un primer momento, pero enseguida lo descarté, por irracional. Así que me incorporé nuevamente y volví a cerrarla, tranquilo. Cinco minutos más tarde, apenas me había enfrascado en el capítulo dos de la novela, la puerta volvió a abrirse. Decidí quedarme inmóvil, observándola. Enseguida se cerró por sí misma. Es lógico pensar que el viento que la abre puede volver a cerrarla, pero me llamó la atención que lo hiciera suavemente, yo esperaba un portazo de viento, un cerrarse brusco, intempestivo, y en cambio fue tan suave. Quise volver a concentrarme, quise convencerme: es el viento; el que remueve mis hojas de otoño anda jugando con mi puerta en primavera. Ya no pude leer. Esa noche tampoco pude conciliar el sueño. A la mañana siguiente Luisa me encontró sentado, en pijama, en ayunas, en la

cocina. Noté que trató de disimular la sorpresa y me saludó naturalmente. Yo la miré fijo, como buscando que me preguntara qué hacía yo ahí, a esa hora, en pijama, pero ella permaneció muda. Terminé por pedirle que me hiciera un café. Este pedido también debe haberla extrañado porque era completamente inusual. Mientras Luisa ponía la pava en la hornalla, de espaldas a mí, empecé a hablarle: la puerta se abre, le dije. Ella permaneció en silencio, concentrada en abrir la alacena para buscar la taza o el cajón para sacar la cucharita. La puerta de mi estudio se abre de noche, le dije. Yo la cierro, pero ella se abre. Luisa me miró, como buscando saber más, pero sin decidirse a preguntar. Volvió a darme la espalda, mientras controlaba que el agua no hirviera, hundiendo sus ojos en la profundidad de la pava, como si su acero lustroso pudiera hacer algo más que reflejar su propia congoja. Nos quedamos los dos en silencio hasta que me acercó la taza de café. Me aferré firmemente al plato y, sin soltarlo, levanté mis ojos hasta encontrar los suyos. Cuando estuve seguro de que me miraba, le dije: Tengo miedo. Entonces Luisa quiso abrazarme. No lo permití. Me dio vergüenza: ya no era un niño, no podía consentirlo. Clavé mis ojos en el fondo oscuro de la taza. Ella permaneció de pie, frente a mí, inmóvil. Podría decirse que ese día desayunamos juntos. La presencia de Luisa me devolvió cierta paz, porque apenas terminé mi café me sentí relajado. Le anuncié que me iba a acostar, quería descansar un poco. Le pedí que me despertara antes de irse. Logré dormir profundamente, como si fuera de noche y nada inquietara mi sueño. Cuando Luisa vino a despertarme fue como si me sacara de una noche eterna, de una noche muy cerrada, perfecta. Maldije que me despertara, pero yo mismo se lo había pedido. Ofreció quedarse conmigo esa noche. ¿Quiere que me quede?, escuché al otro lado de la puerta, como amortiguado por la distancia y por el sueño. Que no, le dije, que no era necesario. No tardé mucho en arrepentirme, no hubiera estado de más que alguien testificara lo que el viento hacía con mi puerta. Bajé corriendo a buscarla, pero ya se había ido. La luz del día volvía inverosímil la sola idea de pedirle a una anciana que se quedara con un hombre adulto para protegerlo del viento en la noche, pero aun así me acerqué hasta la puerta, la abrí y salí a buscarla. No debe estar lejos, pensé. Ya en la vereda sentí la incomodidad de la brisa sobre mi rostro. Me quedé en la puerta de casa, mirando a un lado y a otro, tratando de adivinarla bajo los árboles, entre las miradas ajenas, pero solo veía brazos en movimiento, y también piernas, en ese compás irrefrenable, una y otra, una después de otra, y las hojas de los árboles, frenéticas, irritantes. Y palomas, en un sube y baja infernal, de la

rama al asfalto, una y otra vez, inquietas, molestas. Y perros, también, siguiendo al amo, sardónicos, la lengua afuera. Debí volver a casa de inmediato, pero di la vuelta a la manzana, como si en ese caminar fuera a tropezarme con Luisa, y a decirle que sí, que cómo no, que se quedara conmigo. A medida que avanzaba todo se movía más y más, como con saña. Con saña la anciana que arrastraba el changuito de las compras, con saña el perro que levantaba la pata para orinar, con saña los automovilistas que aceleraban frente al semáforo, con saña las bocinas y los gorriones y las piernas y los ojos y los adoquines. Todo inestable. Corrí a casa, urgido, molesto, como si me escapara de eso que se hace hélice y empieza a girar y ya no para, succiona, deglute, vuelve polvo, rompe todo, lo estalla. Sé que no debo salir. En casa me siento a salvo, conozco la ubicación exacta de cada objeto y podría prepararme un café con los ojos vendados, si quisiera. Mi casa me devuelve una certidumbre que se parece bastante a la felicidad. No debo salir. Eso mismo le dije a Luisa al día siguiente: Ya no saldré, Luisa. Me miró tranquila, como si hubiese sabido que eso era perfectamente posible. Para mí no era una situación nueva; de hecho, prefería quedarme en casa. Esta decisión más bien me calmaba, me quitaba tensiones, esa incertidumbre de salir y nunca saber qué puede pasar ahí afuera.

Habré tenido unos dos o tres meses de felicidad completa, con Luisa cuidándome más que nunca y todo bajo control dentro de casa. Solo Martina llamó un día. Atendió Luisa y le dijo que yo no estaba. No sé qué querría de mí, ya se había llevado todo y nunca más llamó. A veces sentía un poco de pena, porque Martina había sido buena conmigo, el único problema es que se movía demasiado. A veces la extraño.

Hace cuatro semanas empezó a pasar una cosa curiosa. Fue una mañana. Yo estaba solo en casa, Luisa aún no llegaba. Su ausencia me causaba inquietud. Ella era muy puntual y nunca faltaba. Empecé a caminar, para calmarme un poco. Caminaba de la cocina al comedor, del comedor al baño, del baño a la cocina y volvía a empezar. Yo estaba solo, no había razones para oír pasos. Pero se oían pasos, claramente, como si alguien me estuviera siguiendo. Eran repercusiones idénticas a las producidas por mis zapatos pero con un retardo, a cada paso que yo daba, aparecía un eco que lo replicaba. El ruido venía de atrás, como si alguien estuviese siguiéndome a unos pocos centímetros de mí. Cuando oí los primeros pasos, me di vuelta instintivamente; tan pronto lo hice, me reí de mi desatino. Era obvio que no tenía sentido darme vuelta pues estaba solo, dentro de mi hogar, sin extraños a mi alrededor. Esa mañana los ecos

eran intermitentes. Tres pasos míos, tres pasos detrás. Dos pasos, ningún eco. Otros cinco pasos y el repiqueteo molesto a mis espaldas. No eran pasos estables, no seguían una lógica, aparecían y desaparecían a su antojo. Yo en general caminaba poco, así que pensé que podía ser efecto de alguna función acústica que tuviera la planta baja de mi casa y que yo, hasta entonces, no la hubiese notado. Por otra parte, yo no solía caminar calzado dentro de la casa, más bien prefería las medias, que son más silenciosas. Ese día me había puesto los zapatos porque la mañana estaba fresca, tal vez yo tuviera un poco de fiebre y eso me hacía sentir más frío. Había tenido pesadillas a la noche y las cosas se ponían mal otra vez. Me convencí de que los ecos eran fruto de la acústica del living y del hecho de que yo me hubiera puesto a caminar con los zapatos, con cierta inquietud por la demora de Luisa, lo que probablemente hiciera que mis pasos sonaran más fuertes. El problema fue que este asunto empezó a repetirse. Y se daba tanto en la planta baja como en el estudio. Decidí dejar de usar zapatos. Un día le dije a Luisa: Ya no usaré zapatos.

Los ínfimos movimientos de las cosas, inevitables, empezaban a molestarme. Ya no era que me inquietara que Luisa dejara el jarrito de la leche con el asa a la izquierda en vez de dejarlo con el asa a la derecha. Me empezó a incomodar el movimiento voluntario de las cosas. Un día le dije a Luisa: Las cosas se mueven. Ella me miró extrañada y yo me ocupé de aclararle que ella, por supuesto, no tenía nada que ver. Que las cosas simplemente se movían, algunas veces por acción del viento, otras veces por efecto de alguna fuerza que las corría a una posición alejada primero y más distante después, pero que ella se quedara tranquila porque yo sabía que no era su culpa. En el fondo yo me sentía inquieto, pero me pareció justo calmarla porque vi en sus ojos que ella se preocupaba por estas cosas tanto como yo.

Hubo una mañana en que Luisa se portó verdaderamente mal conmigo. Llegó tarde y dejó marcas de barro en la cocina. Esas marcas eran unas figuras incómodas. No quise herirla. Veía las marcas y me mantenía en silencio, absorto, viéndolas. Cuánto me incomodaban. Qué esfuerzo hice por no decir nada. No sé si es que ella estaba un poco molesta porque yo había dejado de usar mis zapatos. Tal vez eso la incomodara por alguna razón que no se me hacía evidente. Pero su humor había cambiado y ella empezaba a dejar algunas cosas fuera de lugar. Un día colgó el pantalón que yo había dejado sobre la cama. Otro día puso azúcar en mi salero. Yo me di cuenta porque esa noche quise ponerle sal a la sopa, que estaba un poco insulsa, y cuando fui a probarla tenía un gusto rancio, entonces me di cuenta de que era la mezcla de sal y

azúcar lo que le daba ese gusto. Yo le dije: Luisa, no vuelva a poner azúcar en mi salero.

Un día mi hermana llegó a casa desencajada. Le pregunté qué le pasaba, pero nunca fue mujer de muchas palabras, solo me dijo algo de un mosquito. Creo que ese fue el día que el hombre la tuvo sentada como dos horas hablándole de un mosquito. Mi hermana le tenía aprecio al hombre. Alguna vez me dio a entender que la confundía con una nodriza que él había tenido en la infancia, una señora que se habrá llamado Luisa, supongo. Al principio mi hermana intentaba explicarle que ella se llamaba Josefa, Josefa Castillo, le decía, para remarcarle que ella no era esa Luisa que él recordaba. Pero él insistía con una entereza que la hizo recular. Un día llegó del trabajo y me dijo: no hay caso, me sigue llamando Luisa. Ya no lo voy a corregir, el nombre no es feo y me lo dice con una confianza de niño que me desarma. Así era mi hermana y más de una vez ella me confesó que le gustaba el tono con que él le decía Luisa. Era como una cadencia, algo en la voz de él que a ella la hacía sentir bien, como cuando uno está en familia, algo de la intimidad que le llegaba en ese tono y que, creo, hizo que Josefa trabajara todos esos años para él. No sé si fue esta circunstancia con los nombres, con eso medio íntimo que generaron entre ellos, lo cierto es que mi hermana lo quería; no me lo decía abiertamente, pero se notaba, porque me hablaba de él con cierta ternura, como perdonándole todo, como comprendiéndolo. Mi hermana no solía hacerse problema por las cosas. Más bien se tomaba todo a broma. Yo le llamaba la atención porque soy más desconfiada. De entrada nomás, cuando pasó este asunto del nombre, me acuerdo que yo le dije que eso a mí no me gustaba para nada. Pero a ella no parecía importarle. No era una mujer reverberante: una vez que algo le cerraba ya no volvía a molestarla. Yo creo que ese fue su error. No prestar atención, dejarse llevar por ese tono de confianza, por esa familiaridad que tanto la atraía. Pero claro, visto desde hoy, yo debí hacer algo, no conformarme con esa voz que todo lo contaba de soslayo. Cómo engañan los tonos. Me doy cuenta ahora. Es que yo le decía que estaba trabajando en casa de un loco, pero ella se reía tanto, con tantas ganas, le parecía todo tan tierno, se conmovía tanto con sus rarezas, que se dejó estar. Que era bueno, me decía. O que era como un niño. Que no me preocupara. Que

ella no estaría con él si fuera peligroso. Todo eso me decía cuando yo le remarcaba alguna cosa que no me gustaba. Es cierto que había cuestiones estables, como ese asunto de llamarla Luisa o eso de obligarla a quitar las partículas de polvo, así le decía él a la tierra, partículas de polvo que había que quitar sin mover los objetos de lugar. Porque él tenía toda una fijación con los objetos. Básicamente, por lo que me decía Josefa, él necesitaba que las cosas tuvieran un lugar determinado, un espacio donde alojarse, y lo importante era, precisamente, que ese espacio fuera inamovible. Por ejemplo: el lugar de la taza era el lugar de la taza. Él tenía solo una taza y decía que era para evitar el desorden. Tenía una sola cucharita para el café, un solo plato, un solo tenedor, un cuchillo, una fuente, una almohada, un par de zapatos, un pijama, todo de a uno, para no confundirse.

El hombre le decía a mi hermana que a veces extrañaba a su novia, que por suerte se había ido porque le tocaba todo. Mi hermana nunca supo de ella, ni de fotos que él conservara. Es probable que no fuera más que un recuerdo desvencijado. Sí vino preocupada una noche diciéndome que el señor tenía un problema con la puerta de su estudio, que aparentemente se abría. Una mañana lo encontró en la cocina, mal dormido, como un niño asustado, diciéndole que tenía miedo. Ella le ofreció acompañarlo esa noche, pero él no aceptó. Después vino el asunto ese de los pasos, parece que él oía pasos por la casa, como ecos me decía mi hermana. Ese día la noté asustada. Ecos, me repetía. Y yo no sabía bien qué decirle pero insistí con mi idea de que el hombre desvariaba. Y después vino una etapa complicada, que mi hermana trataba de disimular, pero que a mí ya no me gustaba nada. En primer lugar, porque mi hermana ya me hablaba demasiado seguido del señor, había demasiadas complicaciones, como más cercanas en el tiempo, como si se volvieran más asiduas. O eran los pasos, o era la puerta del estudio, o era el asunto de que el viento le movía los objetos, o si no era el viento era otra cosa, pero fue una etapa diferente, yo la notaba cambiada, como si hubiera pasado de esa confianza cómoda, de esa sensación familiar, a una sensación de cierto extrañamiento, como si hubiera un resto que ella no terminaba de entender. A veces lo encontraba en su estudio, un poco absorto, como ido y repitiendo: me llamo Juan Pedro, Juan por mi abuelo y Pedro por mi tío, Juan Pedro, repetía siempre, Juan Pedro, y así estaba horas, solo, reproduciendo su nombre. Al cabo bajaba y le pedía un café o solo la miraba y no le decía nada mientras abría las alacenas para constatar que las cosas siguieran en su lugar. Una vez que había revisado todas las alacenas y todos los cajones suspiraba profundo

y le decía a Josefa: muy bien, Luisa, qué bueno que solo quitaras las partículas de polvo. Después desaparecía, se encerraba en su cuarto y contaba en voz alta. Mi hermana se conmovía muchísimo: me decía que lo oía contar, uno, dos, tres, en voz alta, cuatro, cinco, seis, llegaba a varios millones, pasaba horas contando nada, o vacíos.

El problema quedó en evidencia el día que mi hermana llegó a casa llorando. Ese día me tuvo que escuchar; le dije de todo. Llegó llorando y no me quería contar. Se quedaba callada. Le grité. Le dije que si no me contaba lo que había pasado, dejaba de ser su hermana y me iba para siempre. Que si ella no confiaba en mí, entonces que se quedara sola, con ese delirio que la hacía llorar sin contarme nada. Tanto le grité, tanto le dije, que al final se secó los ojos y me dijo que el hombre andaba pegando los objetos a los muebles. Que la había mandado a comprar pegamentos, toda clase de pegamentos, muchos pegamentos. Y empezó, sistemáticamente, a adherir las cosas a las superficies. Ella llegó una mañana con el arsenal que él le había encargado el día anterior. Estaba atenta porque no tenía idea de qué clase de reparaciones él quería efectuar. Había muchas cosas rotas; ella creyó que él verdaderamente se disponía a repararlas. Pero tan pronto le entregó los pegamentos, él se puso manos a la obra frente a sus narices. Empezó por pegar la taza a la alacena que le estaba destinada, siguió con la azucarera, el platito, luego los cubiertos adentro del cajón, el jarrito de la leche adentro de la heladera, el velador a la mesa de luz, las sábanas al colchón, las macetas al piso, la pava a la hornalla, el cajón a los rieles, la ropa a las perchas, los libros a los estantes, el teléfono a la cómoda, los papeles al escritorio y así siguió, todo el día. Mientras ella estuvo él llegó a adherir una cantidad enorme de objetos a sus lugares. Usaba un pegamento específico para cada cosa. Hasta donde me dijo, porque a lo mejor se guardó algo, llegó llorando porque lo veía muy mal y no sabía cómo ayudarlo.

Al día siguiente mi hermana no volvió del trabajo. Eran las ocho de la noche y no volvía. Ella siempre llegaba a eso de las seis. Entonces la empecé a llamar al celular, pero no atendía. Estaba apagado. Pensé que se lo habían robado y me preocupé. Fui a la comisaría a denunciar lo que estaba pasando. No tuve problemas en explicar todo con lujo de detalles; de hecho, me hizo mucho bien contar que mi hermana trabajaba para un loco que la obligaba a hacer cosas descabelladas y que ella, por cariño, o por pudor, no decía nada. Al principio no me hicieron mucho caso. Me pareció que dudaban de lo que les decía y en un momento hasta tuve el presentimiento de que me iban a tomar

por loca a mí. Pero insistí. Y al final les pedí que, al menos, verificaran si mi hermana estaba en su trabajo. Me subieron a un patrullero y me llevaron hasta la seccional que correspondía al domicilio del hombre este. Entramos a la casa a las cinco de la mañana.

Lo que encontramos es difícil de describir. Mi hermana estaba adherida a la silla de la cocina. Tenía los labios pegados, las manos, dedo por dedo, adheridas a la mesa, la silla adherida al piso, los tobillos adheridos entre sí, con pegamento y vendas que llegaban hasta las rodillas, las muñecas adheridas a la mesa y vendadas con pegamento una con la otra y ambas con la mesa y con la espalda en una venda que le cubría todo el cuerpo, como si mi hermana fuese una entidad momificada. Le había puesto pegamento en las fosas nasales. Mi hermana no tenía resquicio por donde respirar.

Cuando subimos al cuarto, encontramos al hombre adherido a la pared, los labios también adheridos entre sí, los brazos entretejidos de remeras en jirones, la cabeza repleta de pegamento, los cabellos como púas secas adheridas a la piel, los tobillos atados en jirones de sábanas, las fosas nasales cubiertas de goma y los ojos desorbitados de pedir auxilio.

Los Osorio

Nosotros, los Osorio, siempre hemos tenido suerte. La vida ha sido generosa con nosotros: nos ha prodigado toda clase de bondades. En nuestros natalicios el cielo se presentaba diáfano y de un azul profundo, sin nubes que pudieran presagiar desdichas, en ninguna de sus formas. Mamá nunca supo de dolores de parto y nos recibió a todos con una sonrisa larga. Fuimos niños sanos y adultos exitosos, siempre al amparo de una estrella que no podía sino depararnos escenarios venturosos. Nos casamos enamorados y vivimos en serena armonía, sin angustias ni otro sentimiento que el placer de transitar los caminos que esta prodigiosa vida nos había concedido.

Y así fueron nuestros días hasta que, en algún punto de nuestra historia, por razones que ahora contaré, nos ganó la desconfianza. Tanta era nuestra buena suerte, que alguno de nosotros, en infiel registro de la anormalidad que nos caracterizaba, decidió comentarle al otro el incipiente recelo que se apoderaba de su espíritu, jamás templado por adversidad alguna. Y lo cierto es que esta difidencia arrasó nuestras almas níveas con su toxicidad irrefrenable. A poco de soltada, empezamos a vivir nuestras felicidades como una amenaza: como si a cada momento de alegría le fuese a corresponder uno doblado en pesar.

Y por extraño que parezca, es justo decir que el origen de esta suspicacia se sitúa en los dichos de nuestra abuela. O, más exactamente, en sus silencios. Porque hay que ver que nuestra abuela Coca, que en paz descansa, tenía una lengua pérfida o, mejor dicho, una faringe poderosa, característica que solo nos fuera revelada el día de su muerte, tal era hasta entonces el silencio sepulcral de su inmaterial presencia.

Nosotros, los Osorio, nos juntábamos a comer en casa de mamá todos los domingos. Ese almuerzo era uno de los rituales inobjetables que poblaban nuestras dulces existencias. Íbamos los seis, que en realidad éramos doce, todos casados como estábamos a esas alturas, todos vestidos para la ocasión, porque a mamá le encantaba admirar nuestros renovados atuendos cada

semana, y la abuela Coca, que para entonces vivía con mamá, se sentaba a la mesa en su silla de ruedas, deglutía los raviolos ensimismada y permanecía en recluso silencio mientras nosotros comentábamos los inequívocos triunfos semanales que la vida nos dispensaba.

A cada éxito que alguno de nosotros exponía, a cual más deslumbrante, mamá aplaudía excitada y acaba por levantarse de su silla para darle un beso al relator de turno: esa bendición impostergable que todos recibíamos domingo a domingo.

Hasta acá, supongo que el silencio de la abuela Coca no había logrado distraer nuestra atención porque tal era la algarabía que dominaba nuestros encuentros que resultaba difícil posar la mirada en un ente silencioso apoltronado en una silla de ruedas y que, por otra parte, en nulas ocasiones había desempeñado el papel de abuela.

Nuestros días felices siguieron imperturbables hasta que un domingo, cuando ya nos habíamos despedido de mamá y aún permanecíamos en la vereda, en esos instantes previos al saludo final, que siempre ocurría unos minutos después de que mamá cerrara la puerta, a Horacio se le dio por mencionar a la abuela. Más exactamente, nos preguntó si habíamos notado lo que hacía la abuela todos los domingos. Y no fue tanto la pregunta como la inflexión de su voz lo que nos llamó a silencio. Clavamos nuestros ojos en los suyos, expectantes. Creo que nuestras miradas lo hicieron vacilar, porque nos devolvió una sonrisa involuntaria y ya se iba despidiendo cuando escuchamos: la abuela hace muecas, mientras nosotros hablamos. A mí me perturban las muecas de la abuela.

La semana que transcurrió entre ese domingo y el siguiente no fue demasiado distinta a las de siempre a excepción de unas pequeñas vacilaciones de humor que aún no lográbamos descifrar. Lo cierto es que el domingo nos dimos cita puntual y como sostenidos por un pacto cavilado en sueño colectivo, mientras el orador de turno lograba excitar a mamá con el detalle de sus logros naturales, los demás nos concentrábamos en la abuela.

Para nuestro asombro, resultó que la abuela estaba lejos de constituir una entidad momificada en una silla de ruedas. Si bien era cierto que presentaba un cuerpo tieso, la actividad de su rostro era sutil pero permanente. En efecto, la abuela reflejaba en cada mueca, por mínima que fuera, lo que cada relato le

producía.

Al principio no lográbamos descifrar el significado de sus muecas. Con el tiempo, la necesidad de comprenderlas se nos impuso de tal forma que empezamos a reunirnos en la semana para compartir las sensaciones que su rostro nos había causado.

Nos reuníamos en casa de Marita, todos los miércoles. Nos dominaba una curiosidad creciente. Repasábamos con sumo detalle lo que cada hermano había contado, revisábamos las inflexiones de nuestras voces durante los relatos y describíamos a continuación cada pequeña mueca que habíamos detectado.

A medida que las semanas avanzaban, nos fuimos haciendo más hábiles en esto de distraer a mamá para observar a la abuela.

Uno de los miércoles, Juan elaboró una teoría que dio irremediable fin a una serie de lecturas inexactas que veníamos haciendo. Hasta ese miércoles, en efecto, creíamos que la abuela se alegraba con algunos logros, se conformaba a medias con otros, y desaprobaba abiertamente unos pocos, muy puntuales, sobre los que nos veníamos concentrando para dejar definida la clase de éxitos que le resultaban molestos. Pretendíamos con esto evitar, en el futuro, aludir a triunfos que la incomodaran, y no tanto por preservar a la abuela de sus disgustos sino porque habíamos detectado que esas muecas nos resultaban insoportables.

Sin embargo, nada nos inquietó tanto como esta nueva teoría de Juan. Porque lo que Juan notó, específicamente, fue que las muecas de la abuela se sucedían en un orden invariable, por lo que descartó que fuera el contenido de nuestros discursos lo que las provocaba. No puede ser, dijo, que los primeros relatos merezcan su aprobación, los segundos su reparo y los últimos su desaprobación. Yo creo que a la abuela le pasa algo desde que empezamos a hablar, y que eso va creciendo en sus entrañas hasta generar las muecas más evidentes hacia el final de la comida.

El domingo siguiente nos dirigimos a casa de mamá algo incómodos y con el fin ineludible de verificar la nueva hipótesis. Horacio tomó la palabra y contó una gran noticia que mereció una imperceptible sonrisa de la abuela. Siguió Raúl con la suya y luego los demás hasta que fue inevitable aceptar que el rostro de la abuela prosperaba en actividad con el paso de las horas. Su boca arrugada se abría en mohines livianos, primero, para adquirir finalmente

dimensiones insoslayables. Y Juan tenía razón, no se trataba del contenido de nuestros discursos: a la abuela le hacía mal nuestra felicidad. Y no podía evitar la mueca delatora, que era contenida al comienzo pero inmanejable a medida que el asco crecía en sus adentros. Porque era asco. A la abuela nuestra felicidad le daba asco.

El miércoles siguiente nos dimos cita en un café, porque Marita tenía una cena con sus amigas, y resultó evidente que estábamos alterados. Por primera vez desde nuestros nacimientos nuestro humor cavilaba y era ineludible aceptar que las muecas de la abuela causaban estragos en nuestras apacibles existencias. Y si la felicidad se termina, preguntó Raúl. Lo miramos de reojo, aterrados. Lo cierto es que desde que Horacio nos había hecho notar este asunto de la abuela, habíamos empezado a sentir no solo que la felicidad podía terminarse sino que podía vengarse haciéndonos pagar con desdichas cada instante de felicidad habido. Dimensionábamos claramente las ingentes cantidades de felicidad que teníamos en nuestro haber, resultante de la sumatoria de todos los días de nuestras seis vidas, y un pánico abrasador nos ganaba el alma. Seguíamos teniendo suerte y, sin embargo, ahora traía adherida una pátina de sospecha que la desdibujaba a su paso. No habíamos conocido la incertidumbre hasta entonces: se nos presentó como un sentimiento grotesco que comenzaba a impedirnos que nos abrazáramos, livianos y agradecidos, a las delicias de esta vida, que tantas eran. Nos habíamos vuelto pudorosos y sentíamos que ya no podíamos vivir nuestros triunfos sin que el miedo nos invadiera con furia.

Un instinto de preservación mayúsculo nos llevó a poner en duda que las muecas de la abuela tuvieran sentido alguno y, mucho menos, el sentido que veníamos suponiendo. Nos vestimos para la ocasión y fuimos a casa de mamá. Habíamos acordado encontrarnos en la puerta, como si ingresar en masa fuera a protegernos del rostro que era causa y guía de nuestros desvelos. Tocamos timbre cuando estuvimos todos y entramos juntos, solo amparados en nuestras presencias abigarradas. Nos sentamos a la mesa, como siempre, pero ninguno podía hablar. Mamá empezó a inquietarse: preguntaba a unos y a otros qué buenas noticias le traíamos esta semana. Nos miraba a los ojos, nos interrogaba con el cuerpo, pero no podíamos contestar; seguíamos mudos. Las miradas circulaban alrededor de la mesa, como pretendiendo encontrar un resquicio que se transformara en sonido, pero era imposible. Y cuando mamá se dio por vencida y enmudeció, para nuestro asombro, habló la abuela: la felicidad se paga, dijo, y empezó a reírse. De sus adentros brotaba una

carcajada majestuosa, como de siglos contenida; una carcajada estridente que creímos inmortal. Su cuerpo comenzó a agitarse violentamente, de sus ojos empezaron a saltar las lágrimas de su propia risa y en su faringe se mezclaron los sonidos de una carcajada irrefrenable con los de un carraspeo involuntario que fue creciendo poco a poco hasta ahogar por completo los sonidos de la risa.

La abuela Coca murió en esa carcajada.

Fue enterrada con un rostro estirado de alegría y una mueca de satisfacción en sus labios vengadores.

Cantero

Refrendo mis dichos en este escrito: no cambiaré una coma de mis declaraciones precedentes. He asumido que usted se niega a comprender mis motivos. Aún así, sería considerado de su parte admitir que yo no miento. El señor y la señora B eran mis vecinos, como ya le expliqué. La señora B nunca iba a misa. El esposo de la señora B tampoco iba a misa. Eso ya le dice bastante sobre ellos. Por lo demás, el señor B trabajaba en una editorial. Lo veía salir todas las mañanas. Llevaba un maletín de cuero negro. Y unos anteojos pesados. Salía a las ocho y quince. Saludaba amable y solo regresaba después del ocaso.

La señora y el señor B tenían dos hijos. A los hijos de la señora B les gustaba arrancar las flores de mi cantero. Yo me enojaba y les gritaba cada vez que lo hacían pero nunca escarmentaban. Las arrancaban y salían corriendo cuando me veían. Los hijos de la señora B eran ángeles rubicundos, tan bellos y gráciles que costaba creer que fueran tan endemoniados. Ellos desmentían nuestro barrio de casas bajas y gentes amables. Sí, los hijos de la señora B eran distintos a los demás. Supongo que se lo debían a su madre: la señora B, a todas luces, tampoco era una madre como las demás. La señora B no solamente no iba a misa, tampoco salía de compras: no iba a la panadería, ni al almacén, ni a la mercería, ni a ninguna otra tienda en la que era usual ver a las mujeres del barrio. La señora B salía muy poco; cada vez menos. A sus hijos, gemelos y tan idénticos que daban miedo, los veía ir y venir de la escuela, siempre solos. Tocaban timbre y la señora B les abría, los saludaba con una sonrisa vaga y los hacía pasar.

A mí me inquietaba la señora B porque tenía un parecido inconcebible con mi querida Josefina. Que en paz descansa, mi tesoro atormentado.

Hubo un tiempo en que la señora B salía los domingos, sola, en horas de la tarde. Era curioso, porque no iba a ninguna parte. Solo caminaba, como deambulando. Después se sentaba en el banco de la plaza que daba a la iglesia y ahí se quedaba. Salía con unos atuendos pasados de moda y solía ponerse un sombrero negro, de cuya ala derecha pendía una margarita grande, también negra, que le tapaba parcialmente un ojo si se la miraba de frente.

Su aspecto debía incomodar a las otras mujeres del barrio porque en raras ocasiones se le acercaban y, cuando lo hacían, intuyo que era más por

curiosidad que por algún interés genuino en ella o en su familia. De todos modos, ella no les prestaba demasiada atención y se notaba que saludaba quedamente, como sabiendo deshacerse de las mujeres con la impostación de una mirada equívoca o con la leve agitación de su margarita negra. Yo las miraba desde mi ventana y era invariable: cuando la señora B agitaba su margarita, las vecinas se despedían raudamente y la señora B se las quedaba mirando, satisfecha.

Pero al final la señora B ya no salía, o lo hacía muy poco. Las últimas veces se la había visto bastante deteriorada, con sus cabellos rubios abatidos y una expresión desvaída en su rostro inmaculado.

En el barrio no se hablaba mucho de la señora B, al menos no públicamente.

En cambio, cuando venían a casa los López, que vivían enfrente, o los Villalba, que vivían al lado, siempre hablábamos de los B. Al principio lo hacíamos con pudor, pero con el tiempo se nos hizo costumbre y era raro que nos juntáramos y no habláramos de ellos. Los López eran amabilísimos, muy cultos y con un don de gente excepcional. Vivían con la sonrisa en los labios y daba gusto compartir una velada con ellos: eran felices y derramaban bonhomía. La señora Villalba era quizás la más llamativa del barrio. Su esposo era el director de la biblioteca general y a pesar de ser un hombre circunspecto, era un orgullo recibirlo en casa, porque era ejemplo de trabajo y educación para todo el barrio.

Si bien mis hijos ya eran grandes y hacía tiempo que no vivían conmigo, solían venir a visitarme dos o tres veces por año. Cuando venían, me gustaba invitar a los López y a los Villalba, porque los conocían de cuando eran niños y era inevitable que los compararan con los hijos de B. Qué educados eran sus hijos, me decían, y mire qué jóvenes encantadores son ahora, y entiendo que lo hacían por contraposición a los hijos de la señora B, porque acto seguido me preguntaban si ¿le siguen arrancando las flores, don Manuel? y yo ponía cara de vecino tolerante y hacía ademán de restarle importancia con la mano y eso encumbraba los ánimos porque enseguida la señora López me decía que yo era demasiado benévolo y que tenía que ir a quejarme con el señor B. Entonces ensayaba una cara que dejaba en evidencia que hablar con los B no tenía ningún sentido y el tema se instalaba en la mesa.

En general, los López se mostraban consternados por la falta de modales de la señora B y no perdían ocasión en recordar el día en que había asistido sola al cumpleaños del señor López —su marido estaba enfermo, había dicho—,

mal vestida y bastante ebria, y que había terminado en la falda del pianista cantando un jazz impertinente con una voz de demonio excitado que nunca olvidaron. Contaban la historia y se reían. En mi fuero más íntimo, yo agradecía que hubieran referido el incidente, porque desde entonces tuve en claro que los ruidos guturales que a veces escuchaba de noche provenían de la garganta exaltada de la señora B, a quien empecé a imaginar, ebria y poseída, tratando de entonar alguna extravagancia.

La locura es muy triste, señor. Mi querida Josefina la padecía: la pobre andaba cohabitada. Eso es muy desagradable. Uno no tiene idea de cuántas almas circulan por la casa. Y le aseguro que de noche la cosa se pone peor. La cama es un verdadero infierno. Usted comprenderá lo doloroso que resultaba esto para mí, que me había casado tan enamorado y que habíamos sido plenamente felices en los tiempos en que criábamos a nuestros hijos. Cuando mi Josefina se extravió yo la llevaba mucho a misa y le pedía al cura que le hablara largo, pero eso que se le había instalado no la quería abandonar. Estaba como empecinado en ella y la pobre no tenía descanso.

Los Villalba eran menos locuaces que los López, pero aun así se advertía que compartían una crítica velada hacia la señora B por su errático comportamiento como madre. Usted vea que los hijos de la señora B no solamente tenían conductas inadecuadas en el barrio, en relación con los vecinos, sino que además se los veía poco aseados en general, más bien sucios, a diferencia de los demás niños que lucían siempre peinados y limpios. Esta situación despertaba un rechazo global hacia la señora B y como los Villalba no habían podido tener hijos yo creo que eso los hacía más sensibles a esta cuestión. Por mi parte, esos diablos no me despertaban la menor compasión; me parecían un caso perdido. Quizás no lo decía tan abiertamente por respeto a los Villalba, pero creo que igual nos entendíamos y éramos solidarios en nuestros sentimientos hacia los B.

Una noche, el señor Villalba me invitó a cenar en su casa. Los López también estaban invitados. Le dije que sí. Era un viernes de noche cálida y clara y los jazmines perfumaban la cuadra: un marco inmejorable para el encuentro con amigos tan valiosos. Cenaríamos en el jardín de los Villalba, poblado de magnolias, de hortensias y de rosas envidiables. Admiro la belleza de un jardín bien cuidado y la señora Villalba tenía un don innato porque había logrado acaso el jardín más bello del barrio. Elegí un Cabernet-Sauvignon de mi bodega personal y salí de casa. Salí contento, concentrado en ir directamente a casa de los Villalba, pero mi mirada se obstinó en recorrer mi

cantero. Advertí que los cretinos habían arrancado más de la mitad de mis flores y sentí que algo me desbordaba, una furia febril. Fui directo a casa de los B y me adherí al timbre. Largo rato. Nadie abría. Lo recuerdo como si fuera hoy. Había luces, pero nadie abría. Están, pensaba. No abren. Y me ganaba una indignación rabiosa. Y fue su cuerpo, lo sé. Porque miré de nuevo y vi el perfil de la señora B completamente desnudo contra el ventanal. Me turbó el alma, porque enseguida bajé la vista y cuando volví a mirar, la señora B ya no estaba. Y mientras me consumía en ese arrebató de impotencia, me vieron los López, que cruzaban la calle. Me tomaron del brazo y me llevaron a casa de los Villalba. Me obligaron a sentarme en el sillón mullido de la recepción al tiempo que la señora Villalba me abanicaba con una revista y todos me preguntaban si estaba bien. Cuando me vi en ese devenir, acabé sobreponiéndome, algo avergonzado. Al cabo, sonreí como quitándole importancia al asunto, pero nos pasamos la noche hablando de los B. Incluso, el señor López se ofreció a hablar con el señor B en mi nombre y, por mucho que me negué, acabó convenciéndome de que era lo mejor.

De hecho, al día siguiente, temprano a la mañana, cuando no hacía mucho que los pájaros habían cesado en sus desperezos matutinos, vi al señor López de pie en la puerta de su casa, dispuesto a interceptar al señor B tan pronto se dispusiera a comprar el diario. Me invadió un pudor extremo. No podía aceptar que el señor López intercediera por mí, así que me vestí y me acerqué a agradecerle y a explicarle que yo mismo resolvería el problema. Me costó, pero logré que aceptara mi decisión.

Pasé gran parte de la mañana repasando lo ocurrido la noche anterior: me desconocía tocando el timbre de los B como un adolescente malcriado; me preguntaba si realmente había visto desnuda a la señora B; me turbaba el recuerdo de ese cuerpo escultural, tan parecido al de mi querida Josefina, cuando era joven.

Decidí ir al vivero de don Antonio antes de que cerrara. Tenía que reponer las flores.

Pasé la tarde en mi cantero. Planté margaritas, blancas. Y unas azucenas celestes, frescas. Miré satisfecho mi trabajo y justo pasó la señora Villalba que me felicitó y me instó a hablar con los B. Es injusto, me dijo, que le hagan esto a cada rato.

Yo estaba embarrado, y rendido, pero aun así consideré que la señora Villalba tenía razón. Además, ya no podía permitir que le hicieran esto a mi querida Josefina. Nunca había dejado de cubrirla de flores y no iba a permitir

que esos malditos siguieran con la infamia.

El resto usted ya lo conoce. Me aseeé, me vestí y toqué timbre. Me abrió la puerta la señora B. Tenía puesto un camisón negro, de encaje, muy largo. Los cabellos rubios, sueltos, hasta la cintura. Me sonrió; me invitó a pasar. Le dije que gracias, pero que venía simplemente a comentarle un asunto puntual. No tuve tiempo de recular: la señora B me tomó del brazo y me hizo pasar. Encontré un desorden descomunal en esa vivienda. Imposible ordenar las imágenes. Ví ropa tirada, medias sueltas, libros, copas. Ví cuadros a medio hacer, sin colgar, apoyados contra una pared, en el piso, sobre un sillón. Cuadros indescifrables, de cuerpos desnudos, cuerpos de mujer, cuerpos rotos, en pedazos. El recinto olía a jazmines, a óleos, a vodka. Miré a la señora B, traté de recomponerme, me costaba. Alcancé a preguntarle si ella pintaba. Me respondió con una carcajada sonora y comprendí que era ella la de las insolentes voces que me acompañaban de noche. Clavó sus ojos en los míos, como queriendo saber más de mi visita. Sus ojos —jamás los había mirado tan de cerca— parecían sueltos también. Como si orbitaran a su antojo, sin fondo. Eran grises. Del todo grises. Me perdí en esos ojos; me costaba armar una frase. Se parecían tanto a los de mi Josefina. Eran ojos frágiles. Ojos de lluvia. Quise decir algo sobre mi cantero y sobre sus hijos, pero mientras ordenaba las palabras sentí que era como hablar con un fantasma. Como si no me mirara; como si tampoco oyera. Solo sonreía su sonrisa cándida. Era la sonrisa de Josefina: ella estaba frente a mí y sus labios me reprochaban. Y era feo lo que me decían: que le había dolido y que había pasado frío en mi cantero. Eso me decía. Una y otra vez. Y yo le negaba con la cabeza, y le decía que no, que lo había hecho para salvarla. Y cuando me quise tirar en sus brazos, y abrazarla, y decirle que la amaba, se me apareció otra vez la señora B. Cuando la vi, mis manos se aferraron a su cuello. Imposible soltarla, señor. La vi sacudirse, roja, los ojos enmarañados. Después cayó al piso, así, con los ojos ya tranquilos, como ustedes la encontraron.

Es de noche y en la otra orilla

Esta cosa ridícula de venerar las certezas me agarró cuando me gané el viaje. Ganarse un viaje es algo inusual, y es, sobre todo, algo insospechado, pero lo más grave no es ganarlo sino hacerlo, es decir, prestar el cuerpo a esa serie de traslados fatigosos propuestos por el alma de algún infame que decidió premiar a alguien con un viaje. Todavía me lo reprocho. Pero si tengo que ser absolutamente sincero, me reprocho aún más la inexplicable alegría que me produjo el solo hecho de ganarlo. Ganador del primer premio: Sr. Romualdo Gómez. Y yo saltando internamente de alegría como si me hubiese ganado un pasaje a la eternidad. Ver mi nombre impreso en el afiche del supermercado me produjo de inmediato una serie de desarticulaciones corporales autónomas: mi boca se enajenó de mí y adquirió por su cuenta una dimensión colosal, mi corazón quiso latir al compás de un entusiasmo incontenible y mis pasos se agigantaron como si oyeran una suerte de marcha triunfal. Lo importante era alcanzar el balcón de atención al cliente, entre timbales, y balbucear emocionado Soy el Sr. Romualdo Gómez, y señalar con el índice el afiche pegado y esperar a que la empleada del supermercado me felicitara con una sonrisa a su turno insoslayable y se pusiera a saltar de alegría conmigo y me indicara cuándo tendría lugar el acto de premiación. Eso sucedió, de hecho, más o menos así, porque enseguida llegó el gerente de la sucursal y me abrazó como si fuésemos amigos de la infancia y me pidió que no me moviera, que ya mismo venía con el premio, y con el fotógrafo, y fue decir esto para que de inmediato varios clientes del supermercado se detuvieran a unos metros de mí, como si yo fuera un ente digno de veneración, de esos que se admiran un poco a la distancia, como con cierto respeto, y se empezara a formar una medialuna de changuitos a mi alrededor, de rostros que me miraban embobados a mis espaldas, o a mis costados, y yo, que para ese momento sostenía la mirada clavada en la nada, porque no sabía a quién mirar, o porque no quería que mis ojos fueran a parar a los ojos de alguien en particular, lo que me hubiese obligado a poner cara de éxtasis, trataba de mirar a la nada, con ojos que demostraran alguna clase de felicidad, palpable, envidiable, exhibible, y en eso estaba, bien digo, cuando llega el fotógrafo con el gerente de la sucursal, y el subgerente, y ya para ese momento se habían juntado bastantes personas, las suficientes para entorpecer el paso y para que

todos los clientes que iban llegando al supermercado preguntaran si regalaban algo, y para que las cajeras también miraran de reojo a cada rato y explicaran a cada uno, a medida que pagaban, que yo era el Sr. Romualdo Gómez, y señalaran el afiche, y explicaran que me había ganado el viaje. Esto ocurrió un sábado a la mañana y me mantuvo todo el fin de semana en un estado de evidente alteración. Para empezar, cuando me entregaron el voucher, advertí que se trataba de un viaje de un día, cero noches. Un viaje a Montevideo, en avión, con city tour y almuerzo incluidos, sin bebidas. Había un dato alentador: decía, claramente, que el almuerzo era en la playa, frente al mar. Ese detalle me gustó mucho. Lo que me alteró levemente la alegría fue el hecho de notar que el viaje estaba programado para un jueves. Eso me ponía en situación de tener que pedir permiso en el trabajo, lo que me resultaba desagradable. Enseguida pregunté si el viaje no se podía posponer, para un sábado, o para un domingo, pero me dijeron que no, un poco desencantados, como si el hecho de que yo perdiera el entusiasmo les hiciera perder a ellos parte de su propia alegría que hasta ese momento era redonda como la luna llena. Tomé conciencia de mi desatino así que opté por hacer un ademán con la mano, como queriendo borrar la pregunta que aún flotaba en el aire y restarle toda trascendencia al asunto. Pero lo cierto es que me preocupaba lo suficiente como para que mi alegría se viera un poco empañada. Volví a casa con esa sensación ambigua a la que se sumaba otro pensamiento que no había tenido hasta salir del supermercado y perder todo protagonismo: empecé a pensar que el premio era un poco mezquino: un día, cero noches. ¿Qué les costaba agregar una noche de hotel? Sin noche de hotel, pensé, sin dormir afuera de casa, el premio se parecía más a una excursión que a un viaje. Deberían haber aclarado que el primer premio era una excursión a Montevideo. Me pareció que el término viaje resultaba excesivo. La mezquindad se completaba con la aclaración de que el almuerzo no incluía bebidas. Me sumé durante unas horas en pensamientos repulsivos sobre el supermercado y llegué a jurar que, aunque me resultara más incómodo, dejaría de comprar ahí para vengarme de tanta avaricia. Pero, a pesar de todo, intenté que predominara la alegría y a lo largo del fin de semana logré soslayar por completo toda negatividad sobre el asunto. Acabé por llegar al final del domingo convencido de que me había ganado un viaje, no una excursión, porque las excursiones no se hacen en avión, y que ganarse un viaje era, sin dudas, algo positivo.

El lunes llegué a la oficina exultante. Porque esto también hay que decirlo: uno no se anda ganando premios todos los días y, aunque suene arrogante, hay

que ver que lo más importante del premio, en realidad, no es el hecho de ganarlo, sino la posibilidad de contarlo: uno no se cansa de contarlo, lo cuenta una y otra vez, y es como un vicio, a medida que uno lo cuenta siente más y más necesidad de seguir repitiéndolo, como si en ese repetirse estuviera uno cerciorándose de que el premiado es uno. Además, contarlo le da a uno un protagonismo innegable y retroalimenta cierto sadismo, porque uno advierte que el otro no lo escucha a uno con alegría o con admiración, como me pareció sentir cuando todavía estaba en el supermercado, sino que uno es escuchado desde unos ojos que son de pura envidia. De eso me di cuenta el lunes. Uno lo cuenta y ve en los ojos del otro que el otro está recordando todos los cupones que completó, en letra de imprenta, con la mayor prolijidad, consignando todos los datos, depositando la esperanza en la urna, siempre en vano. Sus ojos reflejan, también, esa combinación azarosa de números apostados, esa fusión arbitraria de fechas de cumpleaños, de aniversarios de bodas y de otros onomásticos, nunca satisfecha. El otro sabe que la suerte le es esquiva y lo mira a uno desorbitado. Entonces uno se reconoce autor de una proeza impar y sonríe rebosante de eso inexplicable que le llena a uno el estómago, el pecho y los ojos, que se hinchan y se vuelven espejo de todo eso tan positivo que uno siente cuando gana algo. Uno sacude el voucher ganador, y sabe que es como sacudir un poco de aire, una nada, pero no importa, lo que verdaderamente importa es tener el premio en la mano, y levantar el brazo bien alto, y sacudirlo con los labios entreabiertos, dejando asomar un poco la dentadura, para demostrar así la alegría palpable que uno está experimentando y que, fundamentalmente, le es completamente ajena al otro. Eso es lo que importa. De modo que alimenté mi sadismo infrahumano y me pasé el lunes contándoselo a todos, a la secretaria, a la recepcionista, a mis compañeros del despacho contable, al kiosquero, a la de la rotisería cuando fui a buscar el sándwich de milanesa, y a todos los que se me cruzaron ese día y los subsiguientes. La envidia se traslucía en todos y en cada uno a medida que fluían sus felicitaciones arrancadas a la buena educación. Pero no me importaba: el beneficiario era yo, esta vez era yo, y me sentía orgulloso. Un orgullo inútil, sin dudas, porque no era un premio que hubiera obtenido por un mérito personal, era un premio de puro azar, pero no me importaba. Tanto hablar, mi jefe se enteró. Se enteró del premio y de mi felicidad y me citó el miércoles: Sr. Gómez, ¿así que se ganó un viaje? No se preocupe, le doy el día como adelanto de vacaciones: vaya y disfrute que uno no se anda ganando premios todos los días. Salí del despacho de Miranda algo cabizbajo: La puta

que lo parió. ¿Vaya y disfrute? El muy turro me acaba de sacar un día de mis vacaciones. Pero volví a casa como si estuviera más allá del bien y del mal. Me pude calmar. Eso me gustó. Miranda cabrón: chupamelá. Me voy igual, la concha de tu madre, aunque me lo saques de las vacaciones. Rezongaba un poco, pero salí de la ducha renovado. Mañana no voy a laburar, pensaba, mañana me tomo un avión y me voy a Uruguay mientras ustedes madrugan sus genuflexiones con Miranda, nabos.

A esa altura tenía una certeza que, por sí sola, me generaba felicidad: no ir a trabajar, tomarme un avión, salir de la rutina. Era un alivio. Lo que no era tan positivo era mi estado de ánimo que, desde que me habían otorgado el premio, fluctuaba como una medusa oceánica. Esa noche, de hecho, se me ocurrió preparar el bolso, pero fue agarrarlo y caer en la cuenta de que no necesitaba bolso: un día, cero noches. Eso me despertó mucho odio. Era la primera vez que iba a tomar un avión sin bolso: eran doce miserables horas.

A pesar de todo, amanecí exultante. Me desperté como si hubiese dormido dos años: renovado, fresco, lúcido; impecable. Elegí la camisa celeste de hilo que compré en el Luxury Outlet, el jean nuevo y una campera liviana. Me aseguré de agarrar el billete de cien dólares de la lata, para mis gastos personales, y el DNI nuevo que saqué el año pasado. Pedí un taxi. Eran las siete de una mañana fresca pero radiante: cielo azul y un resplandor dorado a medida que nos acercábamos al Río de la Plata. Pagué el taxi y entré al aeroparque, feliz.

A poco de deambular por el aeropuerto percibí que algo podía salir mal. Para empezar, el taxista me había dejado en la puerta equivocada: tuve que caminar el aeroparque de punta a punta para llegar al check in. Presenté mi documento, sentía cierto recelo con este asunto de los pasajes electrónicos, así que por las dudas le mostré el voucher que me dieron en el supermercado, pero la chica lo rechazó y se concentró solamente en el plástico de mi DNI. Al cabo me sonrió y me dijo que embarcaba por puerta cinco, en media hora. Me alivié pensando que todo iba bien y decidí invertir la media hora en un bar. Me cobraron setenta pesos por un café en jarrito. Chorros, pensé, pero enseguida me calmé convencido de que no tenía sentido ofusarme. Después de todo, me estaba yendo a Montevideo de arriba, todo el día, almuerzo incluido, qué me importaba pagar unos pesos de más por un café, aunque fuera el peor café que hubiese probado en mi vida. No, decididamente no tenía sentido disgustarme.

Cuando llegué a migraciones me pidieron que pusiera el pulgar derecho en

un aparatito cuadrado con una luz roja adentro. No había caso: el aparato no interpretaba mi huella. La funcionaria empezó a acomodarse en el asiento y me pareció que era señal de contrariedad. Me preocupé un poco, como si la culpa fuera de mi huella digital y no del lector y apreté el dedo contra el vidrio con todas mis fuerzas. Temí romper el vidrio así que mermé un poco la presión y me resigné por completo mientras trataba de dilucidar cuál podría ser el inconveniente. ¿Era un problema del lector? ¿Alguien había tergiversado mi huella en mi documento y la real no coincidía con la que se veía en la pantalla? ¿Podría alguien haber robado mi impresión digital y que esta fuera ahora propiedad de un narcoterrorista buscado por Interpol? ¿En otra dimensión era yo mismo el narco y me habían implantado la memoria de un simple empleado contable? La señora ya me había pasado el gel y me había instruido para que limpiara mi dedo al menos seis veces, pero nada había surtido efecto. Yo empezaba a sentir que los pasajeros a mis espaldas podrían estar dirigiéndome miradas inquisidoras y no lograba detectar si me incomodaba más la idea de ser detenido o las miradas que eventualmente podrían estar cargando mis espaldas. En eso veo que la señora de migraciones llama a un superior. Como si se hubiera materializado de la nada, apareció un hombre circunspecto, de estatura mediana, bastante delgado, y se interpuso entre ella y la ventanilla. Me miró directamente a los ojos. Yo puse cara de circunstancia y enseguida bajé la vista, acto que me reproché de inmediato porque me ponía en posición de culpable, así que erguí los ojos nuevamente y decidí mirarlo con un gesto desafiante, como queriendo demostrarle que estaba completamente seguro de que mi huella era mía y que por culpa de ese lector defectuoso me estaban haciendo pasar un mal momento, pero de golpe recordé que estaba en migraciones y me pareció una pésima idea desafiar a la autoridad, así que volví a mirar el suelo, como queriendo conciliar y un poco rogándole que termináramos con esa escena inútil, y en eso andaba cuando el hombre me extendió un frasco que sacó de su traje negro, con un líquido viscoso adentro, y me ordenó que me limpiara el dedo con eso. Pensé en negarme, en decirle que no me iba a limpiar el dedo con ningún ácido que pudiera borrar mis huellas digitales para siempre, pero me acordé del almuerzo en la playa y desistí de complicar aún más el trámite: me lavé el dedo con un chorro abundante de ese líquido, parte del cual cayó incluso al piso, y le devolví la botella con la mano que tenía seca. Luego me ordenó restregarme el pulgar en la ropa e hizo un gesto didáctico pasando su propio pulgar repetidas veces sobre su camisa. Imité el gesto y exhibí contento mi

dedo, sin advertir que para entonces mi camisa celeste del Luxury Outlet tenía un óvalo azul oscuro a la altura de mi pecho. El hombre tomó mi pulgar sin hesitaciones y lo apoyó contra el lector ejerciendo una presión vengativa. Por suerte su gestión fue exitosa, porque enseguida me dejaron pasar y tuvieron la deferencia de desearme un buen viaje, gesto que me permitió recobrar, casi intacto, mi buen humor de la mañana. Todavía no había salido de Buenos Aires y ya tenía algunas anécdotas que contar. De hecho, hasta el dorado del Río de la Plata o el café de setenta pesos me habían hecho sentir un turista. Pensé por un momento en lo fácil que resultaba escaparse de la rutina: cuestión de proponérselo. Pasa que uno no se lo propone. Uno se despierta y no se le ocurre ir a desayunar a otra parte. Uno se despierta y desayuna lo mismo de siempre, de la misma manera, en la misma posición. Hasta el cuerpo se acostumbra y se lo exige a uno. Pero, si uno quisiera, bastaría con ir a desayunar a un bar diferente cada mañana, incluso en diferentes barrios si fuese posible, para asegurarse un paisaje distinto, unos personajes desconocidos en los que detener la mirada, el sabor de un café que no fuera el de siempre, un mozo con el que acaso uno pudiera entablar algún diálogo ocasional, que a uno le deparara alguna novedad, algo que se saliera de lo usual. Pero no. La rutina ordena y uno, si desayuna en un bar, se ocupa incluso de sentarse a la misma mesa para que sea el mismo mozo el que venga todas las mañanas a preguntarle a uno si uno quiere lo de siempre. Y uno, satisfecho, asiente: que sí, que quiere lo de siempre. Es probable que este tipo de cosas le eviten a uno una importante cuota de innecesario desasosiego. O que este tipo de cosas le devuelvan a uno algunas certezas, las más elementales: que uno es uno porque uno tiene sus gustos, que le llevó a uno un tiempo descubrirlos, y que ahora que uno los ha descubierto no va a andar resignando certezas, con su inherente carga de comodidad, por el simple hecho de romper la rutina para andar experimentando sensaciones nuevas. En estos pensamientos me encontraba inmerso mientras deambulaba atónito por un free shop que me empezó a parecer carísimo cuando oí que era el último llamado a embarcar, por puerta cinco. Por suerte la puerta estaba próxima y alcancé a hacer la fila que avanzó rápido hasta que nos metieron a todos en un micro. El episodio en migraciones me había dejado un poco disperso, porque no había notado, hasta que estuvimos todos adentro del micro, que el pasaje del vuelo 3332 se componía exclusivamente de hombres, seres de sexo masculino. Mi incredulidad me obligó a pasear la mirada e incluso a estirar el cuello para comprobar que, en efecto, no había mujeres: eran todos hombres. Hombres

recién bañados, acostumbrados a pasar el día en Montevideo, hombres que se subían al micro de memoria, con la almohada todavía flotando entre sus ojos a media asta. El micro olía a colonia, o a perfume. Olía a eso que se huele cuando alguien recién sale de bañarse. Atiné a mirar mi atuendo y compararlo con el de los demás: era evidente que ellos iban a trabajar. Cuando bajamos del micro se formó una fila para subir al avión. Quedé último, así que pude ver a todo el pasaje delante de mí y noté que había visto mal en el micro, o no había podido mirar a todos, porque alcancé a ver a dos mujeres. No viajaban juntas. Eran muy feas. Una tenía las piernas como macetas y había tenido el mal gusto de ponerse unas botas cortas que le engrosaban aún más las pantorrillas. Iba vestida de marrón, pero si se hubiese vestido de azul, bien podría parecer una mujer policía. De las gorditas. De las que inspiran miedo. La otra era un loro muerto a escobazos. Un pajarraco esmirriado e inmundo.

Durante el vuelo, muy corto por cierto, porque son treinta y cinco minutos, nos dieron una merienda en un saco de plástico con cierre. No me gustó la merienda, un juguito multifrutas y una barrita de cereales, pero me gustó el bolsito con cierre. Cavilé unos instantes, preguntándome si quedaba mal sacar la merienda de adentro y guardarme el envoltorio en el bolsillo, pero me convencí de que ninguno de los que me rodeaba parecía estar mirándome, por lo que supuse que podía hacerlo sin tanto preámbulo. Dejé el juguito multifrutas en el bolsillo del respaldo delantero y miré la barrita de cereales preguntándome si tal vez me convenía llevarla. Uno nunca sabe. Me podía dar hambre en algún momento, quizás no fuera tan sencillo cambiar los dólares en el aeropuerto y en ese caso me vendría bien tener la barrita conmigo. Así que eso hice: la guardé en el bolsillo derecho de la campera y doblé el saquito de plástico con cierre que tanto me había gustado y así, doblado en dos, cupo perfectamente en el bolsillo interior de la campera. Estaba nuevamente contento, pensaba que dentro de todo era un viaje agradable, te obsequiaban cosas en un vuelo tan corto, algo que sinceramente no esperaba, y hasta se me estaba pasando la inquietud que me había generado el percance en migraciones cuando escucho que anuncian que vamos a aterrizar. El aterrizaje fue simple y el trámite migratorio en Montevideo fue igualmente sencillo. Allí no usan ese asunto del lector, así que entregué la papeleta de migraciones y pasé con una sensación de libertad inusitada. Salí atento, tenía que encontrar al señor del city tour, porque en el voucher decía eso, que primero hacíamos el city tour y que después nos llevaban al restaurante de la playa. Después decía: tarde libre para compras. Lo único que no me había quedado claro era cómo hacía,

después de la tarde libre, para regresar al aeropuerto. En cualquier caso, era un detalle que no me preocupaba demasiado. Seguramente el señor del city tour me lo iba a explicar cuando nos viéramos. Supuse que el señor me estaría esperando con un cartel que dijera Sr. Romualdo Gómez, así que salí buscando mi nombre. Enseguida detecté que había muchos señores esperando a otros señores. La cantidad de carteles era un poco abrumadora. Empecé a recorrerlos rápidamente y me pareció que mi nombre no figuraba en ninguno. Me calmé y volví a mirarlos; me detuve un poco más en cada uno y me volvió a parecer que mi nombre no figuraba. Eso no era posible, así que recomencé la tarea. Consideré que era una buena idea buscar nombres parecidos al mío en los carteles, quizás había habido algún error de tipeo, quizás habían optado por elidir mi apellido, así que busqué carteles que dijeran Ronualdo, Ronaldo, Rosaldo, cualquier cosa semejante. Pero nada: ningún cartel tenía nada que se pareciera a mi nombre. Llegué incluso a buscar el nombre del supermercado o un cartel que dijera Sr. Ganador del Concurso, o Sr. Ganador del Premio, o Ganador del Viaje a Montevideo. Tampoco. La idea de que me hubiesen dejado olvidado en el aeropuerto me exasperó un poco. Pero seguramente eso no era posible. Seguramente se habrían atrasado. Así que, pensándolo mejor, decidí cambiar mis dólares y sentarme a tomar un café. Ya vendrían a buscarme. Mientras tomaba el café, leía el voucher detenidamente. Buscaba algún teléfono, un dato de contacto en Montevideo, algo que me permitiese advertirles que ya estaba allí; quizás les habían pasado mal el número de mi vuelo y era necesario sacarlos del error y contarles que yo ya había llegado. Pero el voucher no tenía ningún teléfono en Montevideo. Pensé en llamar al supermercado, pero ese teléfono tampoco figuraba: solo estaba el logo, grande, arriba de todo, a todo color. Y la descripción del paseo. Así que me resigné y decidí esperar.

Pasaron casi dos horas y ya me sentía algo incómodo. Eran las once y media; no me pareció adecuado perder más tiempo en el aeropuerto. Me acerqué al balcón de informes y, después de comprender que si me tomaba un taxi mis finanzas quedarían afectadas por el resto del día, averigüé lisa y llanamente qué colectivo me dejaba en algún barrio potable de Montevideo donde pudiera comer mirando el mar. O el río. Me recomendaron tomar el colectivo 701, que afortunadamente pasaba justo por la puerta del aeropuerto, y que le pidiera al chofer bajarme en Carrasco, que era un barrio muy hermoso, me dijeron, de casas bajas, con una playa muy bonita y que en el centro de Carrasco iba a encontrar muy lindos restaurantes donde almorzar.

Eso hice. El colectivo 701 tardó treinta minutos en aparecer. Llegué incluso a pensar que no había entendido bien, así que me puse a conversar con una señora que esperaba en la parada, que era la misma para todos los colectivos, y ella me certificó que estaba bien lo que me habían informado, que a veces demoraban un poco, pero que no me preocupara. La señora resultó amabilísima e incluso me recomendó que tratara de almorzar en el famoso restaurante García, de Carrasco. Lamenté que no me recomendara algún restaurante en la playa. Me dijo que no se le ocurría ninguno. No quise explicarle lo del premio; me dispuse a encontrar algo por mi cuenta. Estaba mentalmente preparado para almorzar mirando el mar. O el río, porque siempre me dijeron que en Montevideo es río, aunque le digan mar. El 701 llegó atiborrado, con apenas espacio para que yo subiera, pero no me importó. No iba a correr el riesgo de pasar otra media hora chupando fresco en la puerta del aeropuerto, así que subí como pude y cuando logré dar con el chofer le expliqué adónde iba. Me cobró el pasaje a la antigua usanza: le entregué un billete y me devolvió el vuelto en monedas y el boleto en la mano, todo mientras hacía los cambios, prestaba atención a la ruta y me decía que no me preocupara que él me avisaba apenas llegáramos a Carrasco. Se puso a acomodar los billetes en una cajita metálica que tenía al lado de la ventanilla y me quedé pensando que eso en Buenos Aires hace años que no existe. Toda la recaudación del pasaje así, a la vista de todos, a mano de cualquiera, en efectivo, en billetes que el chofer contaba una y otra vez. Me detuve a pensar por qué los contaba tan insistentemente. ¿Qué podría significarle? ¿Que ya faltaba menos? ¿Que pronto devolvería el micro en la terminal? ¿Cobraría él alguna comisión de lo recaudado? Me pareció que eso era bastante improbable y aún así era llamativo que los contara tanto. Deduje que a menos que le preguntara, no lograría dilucidar sus motivos. Me dediqué a estudiar el paisaje. Estaba al lado del conductor, casi apoyado sobre su asiento, aunque tenía que agachar un poco la cabeza, porque yo estaba parado y en un plano superior, pero aun así lograba unas buenas vistas apenas interrumpidas por el bamboleo de los banderines de Peñarol. El paisaje era desolador y agradable a la vez: pocas casas, una ruta larga, poco tráfico, poco todo. Poco para mí, que venía de una ciudad tanto más bulliciosa, atiborrada o mezquina. Me extrañó lo rápido que llegamos a Carrasco, tan rápido que no tuve tiempo de hacerme un lugar adentro del colectivo y me bajé por la mismísima puerta delantera, por la que aún se puede bajar allí. Estaba en la esquina de French y Avenida Italia, a unas seis cuadras de la playa si caminaba por French hacia

abajo.

Eso hice. Caminé por French hacia el mar, o hacia el río, y a poco de andar me encontré con un paisaje que nosotros apenas logramos ver en las afueras, con esas veredas llenas de pasto, y de perros, y me pareció que algo de arena se acumulaba en los cordones, y eso también me reconfortó terriblemente. Cuando llegué a la costa me encontré con una avenida de dos manos, una vía rápida, sin semáforos, y me pregunté cómo haría para cruzar al otro lado. No alcanzaba a ver la playa, porque estaba tapada por unas dunas altas recubiertas de una vegetación silvestre que impedía cualquier visión integral del escenario: solo se divisaba el mar, al fondo, o el río, que me pareció azul. Apenas llegué a la esquina de French y la rambla me di cuenta de que cruzar no era tan complicado, el tráfico raleaba y había un boulevard en el medio. Era cuestión de dejar pasar dos o tres automóviles, cruzar hasta el boulevard y volver a esperar unos segundos para cruzar la segunda mitad.

Caminar sobre las dunas resultó una actividad liberadora. Había llevado zapatillas, por suerte, lo que me facilitó trepar, primero, y bajar, luego, la empinada superficie de arena, reafirmada en las raíces de unas plantas que parecían muertas de sed. Tan pronto alcancé la arena me encontré con una playa ancha, el río muy parecido a un mar, casi azul, con unas olas perfectamente marítimas, con espuma blanca y, al fondo, innegable, un horizonte que fundía agua y cielo. Me descalcé, fue lo primero que se me ocurrió, y me dediqué a caminar por la playa, la arena fría, húmeda, y unos pocos corredores, cada tanto, que pasaban trotando varios metros más abajo, sobre la arena casi mojada que daba al mar. Me pareció más apropiado decirle mar. No parecía un río. Nada que ver con el río mugroso que vemos nosotros desde la otra orilla. Este río tenía playa ancha, de arenas claras, y tenía olas, muchas, de espuma blanca. Era un mar. O casi. Tampoco tenía el color canela de nuestras aguas. Preferí llamarlo mar. Había gaviotas, también. Me gustó verlas. Volaban en bandadas y volvían a la arena como buscando jugar con las olas o con algo que yo no distinguía y que estaba sobre la arena, a doscientos metros delante de mí. Habré caminado un kilómetro y medio, tal vez dos, cuando divisé un bar, muy parecido a algunos bares de Villa Gesell, sobre la playa. Corrí hasta allí como un chico y el peso de la arena sobre mis pies descalzos me trajo recuerdos infantiles que agradecí. Ya me había olvidado de todo el malestar y hasta me reconfortaba el desencuentro con el señor del city tour. Me sentía infinitamente más libre así, sin necesidad de impostar cualquier clase de comentario para contentar a alguien, así fuera un

guía que repite de memoria sus monumentos nacionales. Me agradó incluso que no se me ocurriera desembarcar en la ciudad vieja o en cualquier lugar más céntrico. Me sentía en un balneario, de vacaciones, y la sensación me resultaba placentera. Volví a pensar que es muy fácil salirse de la rutina. Y que no está mal.

Subí las dunas hasta el bar y tuve que dar toda la vuelta para entrar por la puerta que daba a la rambla. Aproveché para calzarme: me pareció más adecuado entrar con los pies cubiertos.

El bar tenía una superficie cerrada, con copas de vino y manteles, y una superficie descubierta: un deck de madera con unas mesas plegables y sillones plegables y sombrillas que daban a la playa. Un vidrio transparente frenaba la brisa que llegaba del mar. Tan pronto me senté, se me acercó una camarera muy simpática, munida de un menú de cuerina marrón y unas frazadas rojas. Por si siente frío, me dijo, y se fue. No pasaron dos minutos y la camarera ya estaba de vuelta a mi mesa: traía unos binoculares. Para que vea el paisaje, me dijo, y se fue. Yo tocaba el cielo con las manos: estaba en una playa, frente al mar, cómodamente sentado, a resguardo del viento, y una geisha me traía mantas y binoculares sin que yo le pidiera nada. Era el paraíso. El paraíso era caro: apenas abrí el menú tuve que ponerme a sacar cuentas porque no quería gastar casi todo lo que había llevado en mi primera escala. Aun así me calmé pensando que con el equivalente a veinticinco dólares podía comer razonablemente y seguir mi paseo. Pedí un chivito y una copa de vino tinto. Mientras esperaba el plato, que por cierto a esa hora, dos de la tarde, ya sentía un hambre descomunal, me dediqué a mirar el mar con los binoculares. En eso advierto que un loco se me interpone entre el binocular y la espuma del mar. El loco ya pisaba la espuma que debía estar a unos doscientos metros de mi mesa. En efecto, un suicida mal dormido, porque claramente tenía cara de sueño, un sujeto en traje de baño, con el frío que hacía, porque invierno no era, pero estaba fresco, en traje de baño bien digo, los pies descalzos, el torso desnudo, solo con su traje de baño y la mirada clavada en la arena primero, en las olas después, y no tuve dudas de que se trataba de un suicida. Dios mío, pensé, me vengo a relajar a este bar y me toca, de la nada, presenciar un suicidio. Encima estoy solo, porque miro a mis costados y compruebo que soy el único sentado afuera, con la manta roja sobre mi falda, disfrutando los pancitos que me había traído tan solícita la camarera, y me doy cuenta de que si no hago algo pronto un señor se suicidará en mis narices. ¿Para qué me trajeron los binoculares? Tal vez se trataba de una playa de suicidas y les

daban a los clientes los binoculares, como quien no quiere la cosa, para que trataran de evitar, como pudieran, algún que otro suicidio de los tantos que allí ocurrían. Me saqué la manta roja del regazo, quise recordar el camino más corto para bajar a la playa, estaba verdaderamente turbado, me incomodaba la situación, hesité un poco, pero el suicida seguía en su afán destructivo, de modo que no tuve más remedio que dar unos pasos apurados hasta la puerta de vidrio. Debe haberme visto la camarera, quizás cuando apoyé el binocular en la mesa, porque salió del recinto con una sonrisa inmensa y mi copa de vino en la mano. Viene todos los días, dijo, debe haber hecho una promesa. Me acompañó a mi mesa y yo me senté mientras ella siguió: Hoy hace calor. Para él, me refiero. Suele venir en pleno invierno. Así, en traje de baño. Lo hemos visto llorar, incluso, en días muy fríos, dar unos pasitos en el agua helada, y darse vuelta después, como un chico queriendo salir de la penitencia, y exigiéndose entrar nuevamente, hasta cumplir la promesa. Quise poner cara de sorpresa, como entendiendo que cada país tiene sus locos, pero de verdad me conmovió lo de ese señor. Empecé a imaginarlo en pleno invierno, con la ropita doblada sobre las dunas, la toalla esperándolo, todos refugiados frente al hogar, en esos días de vientos desgraciados, y este loco metiéndose al mar para cumplir vaya uno a saber qué promesa. Casi se me dio por seguirlo con el binocular y obligarlo a confesarme el motivo de su desatino, pero me distraje con el chivito, que la camarera trajo enseguida, y para cuando me acordé del loco este, ya se había ido. Lo lamenté. Mientras me traían el café me quedé pensando en ese asunto de la autoflagelación. Se me ocurrió que la culpa judeocristiana solo trae un montón de insensateces. Pagué la cuenta y hasta pude dejarle una buena propina a la camarera con la que acabé sacándome una foto con el mar de fondo. Vino el gerente a sacárnosla y me regaló una copa de caña miel de despedida.

Salí del barcito sumamente reconfortado y creyendo que la vida valía la pena. Habían quedado atrás los malestares del viaje y, a esa altura, me importaba bien poco que el supermercado me hubiese dejado plantado en plena capital uruguaya.

Quería seguir caminando sobre la arena, así que decidí quitarme nuevamente el calzado y seguir unos kilómetros más por la playa. El paisaje seguía invariable: corredores de tanto en tanto, las gaviotas, las olas de espuma casi blanca, el mar casi azul. Salí de la playa cuando ya había refrescado bastante y me pareció que era hora de tomar un café. Volví a cruzar la avenida con la misma facilidad y encontré una especie de centro comercial

en el que había bancos, tiendas y cafés. Entré a un bar y me pedí un café. Mientras lo tomaba me quedé pensando que era un poco tonto haber estado todo el día en Montevideo sin conocer un poco más. Le pregunté a un taxista si me podía pasear un rato por la ciudad. Miramos el reloj: eran las cinco y yo tenía que estar en el aeropuerto a las siete: el avión despegaba a las ocho. Me explicó, como con pena, que ya no hacíamos a tiempo de ir hasta el centro, pero que me podía mostrar algo de Malvin, Pocitos y Punta Gorda. Acepté. El chofer me resultó simpático, al principio, pero después me empezó a incomodar un poco. Para empezar, los taxis en Montevideo tienen una especie de vidrio blindado que separa el habitáculo del chofer del habitáculo del pasajero. Con ese blindaje, sinceramente, era muy poco lo que le entendía. Se veía, eso sí, que tenía alma de guía de turismo, porque me hablaba todo el tiempo y yo solo alcanzaba a entender una parte de lo que me decía. De todos modos, por educación, yo asentía a cada frase que el hombre balbuceaba. Al rato me sentí como haciendo un paseo en ucraniano o en japonés. Yo no le entendía una palabra y el tipo me seguía hablando. Ya me había cansado de mover la cabeza en asentimientos semianalfabetos, así que opté por descansar mi cuello un rato y dejé de prestarle atención. Me dediqué a mirar por la ventanilla: la información que me llegaba me resultaba mucho más clara que lo que el buen hombre pudiera estar explicándome al otro lado. Había personas saliendo de sus trabajos, esperando los colectivos, gente con bolsas, entrando a sus casas, el típico ocaso de un día laborable en cualquier urbe medianamente poblada. El crepúsculo me hizo ver un poco gris todo lo que hasta hace un rato me resultaba resplandeciente. El taxista quiso parar en Punta Gorda y me obligó a sacar unas fotos con fondo de río. Las fotos las sacó él y salieron todas movidas. El hombre me había parecido un poco tonto; me bastó ver las fotos para darme cuenta de que, efectivamente, lo era. La cosa es que tanto paseo y se me da por mirar el reloj: las siete menos cuarto y el tipo me seguía mostrando la capital uruguaya. Le hice notar que ya era tarde, que realmente tenía que estar a las siete en el aeropuerto, pero no pareció preocuparse. Atinó a decirme que las aerolíneas siempre exigen a los pasajeros que se presenten con tiempo de sobra. Eso se lo entendí clarito y a pesar de mis múltiples intentos no logré hacerle entender que a mí ninguna aerolínea me había exigido nada y que era yo quien le estaba diciendo que tenía que estar a las siete porque a las ocho el avión se iba. ¿Me entiende? El avión se va, mi amigo: sale, despegas, se pianta, ¿me explico? Algo de lo que le dije pareció dar resultado porque dejó de hablarme y noté que agarró una

avenida y empezó a manejar derecho, sin doblar en ninguna esquina, sin pretender que yo disfrutara de ningún paisaje. Llegamos al aeropuerto a las siete y veinte. Bajé apurado y sin muchas ganas de agradecerle, pero de todos modos le sonreí, por pura cortesía, y le pagué una suma millonaria que me dejó al borde de la quiebra.

Aparecí en el balcón de check in algo extenuado, como pidiendo disculpas por mi atraso, pero la señorita no pareció preocuparse: me dio la tarjeta de embarque con horario de hacía diez minutos. Obvié el café que pensaba tomarme a modo de despedida y fui directo a hacer la aduana. Pasé migraciones casi solo y me presenté en la puerta de embarque correspondiente. Algo me dijo que tenía mal el número de la puerta: yo era el único en ese lugar. Miré a mis costados, pero no había nadie más. Era el único. Miré mi reloj: las siete cuarenta y cinco. Busqué las pantallas de informes: decían, claramente, vuelo 3331 con destino a Aeroparque, 20.00 hs., puerta 4. Sin embargo, si yo estaba en la puerta 4 y si el horario era el correcto, ¿adónde estaban todos los hombres perfumados que me habían acompañado a la mañana? En las demás puertas todos embarcaban normalmente. Todos parecían estar en el lugar indicado, menos yo. El horario del despegue se había cumplido y el estado de mis nervios empezaba a resentirse nuevamente. Llegué a pensar que el maldito voucher podía tener un error u omisión adicional, pero me tranquilicé razonando que en el monitor se leía claramente que el vuelo 3331 existía y que la hora prevista era la correcta. Por lo demás, yo seguía sentado frente a la puerta 4 dispuesto a interceptar a cualquier miembro de la aerolínea que franqueara mis narices. Pasaron otros quince minutos y decidí ir al baño. Los baños de los aeropuertos me ponen un poco nervioso con sus sistemas de escupir la cantidad de agua que les parece. Me pongo nervioso cuando ya terminé de lavarme las manos y el lavabo sigue despachando agua. Me pone peor cuando no terminé de lavármelas y me tengo que poner a hacer contorsiones de dedos delante de los sensores para que me habiliten míseros chorritos que se entrecortan y no me dejan terminar de enjuagarme las manos. En este baño pasaba esto último. Andaba en plena batalla con el lavabo cuando escucho que el vuelo 3331 se demoraba para las doce, o algo así. De verdad que no se oía nada bien. Salí pensando que seguramente había entendido mal y fui directo al balcón de la puerta 4 donde ahora sí había una centena de pasajeros furibundos disparándole preguntas a los tres funcionarios de la aerolínea que daban explicaciones a tres voces. Por lo que entendí, un rayo había agarrado al avión

en pleno vuelo. Decían: Por fortuna, no hubo heridos pero la aeronave quedó inutilizada para volar. Tuvimos que conseguir otra que la reemplazara. El avión que consiguieron estaba en Santiago del Estero: tenía que volar desde Santiago hasta Buenos Aires y desde Buenos Aires hasta Montevideo para que pudiéramos viajar. Estimaban que el trámite se concretaría alrededor de la medianoche. Muchos pasajeros reprogramaron su vuelo para la mañana siguiente, pero eso no estaba dentro de mis posibilidades. Miranda me había concedido un día de vacaciones, no dos. No pensaba regalarle más vacaciones. Tenía que presentarme al día siguiente, en las oficinas, exultante, con la foto de la geisha a mi lado, con ese fondo de río, o de mar, y demostrarles a todos que ganarse un premio es una fortuna destinada a unos pocos. Lo único que le pedí a la señorita de la aerolínea fue que me dejara desmigrar, si ese fuera el término, volver a la planta baja, como fuera, salir del aeropuerto, irme de allí, cualquier cosa con tal de no sentir la claustrofobia de permanecer frente a la puerta 4. Desmigré sin mayores complicaciones, aunque algo cansado. Tomé varios cafés de despedida en el barcito de la planta baja y empecé a pensar que la experiencia toda había sido fruto de un injerto mal logrado. Me veía demacrado sobre el sofá negro del McCafé y me parecía que estaba viviendo una pesadilla destinada a otro. Para colmo, el loro muerto a escobazos había desmigrado conmigo y me sonreía desde el sillón vecino. Me habrá reconocido, pensé. El loro tenía todo el día encima y estaba más arrugado que nunca. Me miraba insistentemente. Me turbó por completo. De las muchas ideas que tuve, la que me pareció más efectiva fue la de dar inicio a un lento desplazamiento de mi espalda hacia la izquierda, sobre el sillón de cuero sintético, buscando disminuir progresivamente su ángulo de visión sobre mi rostro. Eso hice. Cuando obtuve la posición deseada, cerré los ojos y sentí un cansancio milenario.

Matriz

Mi madre decía que había que tener mucho cuidado. Decía: la gente se enferma, hay que cuidarse. La enfermedad entra por la boca, por los ojos, por el estómago. Pero a ustedes no les va a pasar nada, porque yo les voy a cuidar la boca, los ojos y el estómago. Nos cuidaba mucho, para que fuéramos sanitos. Así decía: para que sean sanitos, los voy a cuidar. Nos cepillaba los dientes. Los cepillaba ella. Con ese cepillo duro, porque decía que era el único que limpiaba bien. Nos miraba adentro de la boca y decía: mucho bicho acá. Y cepillaba. Mucho bicho acá. Hasta que salía sangre. Hay que matarlos. Si los bichos entran, se jode el estómago. Después nos lavaba los ojos: Hay que mirar bien, decía. Con ojos limpios. Los ojos sucios no sirven para mirar. Y nos lavaba los ojos con ese trapo lleno de jabón, todas las noches. Y nos cuidaba el estómago, con agua. Mucha agua, decía. Nos sentaba a la mesa. Cinco jarras de agua. Vayan tomando, decía. El agua lava el estómago. Lo mantiene limpio. Tienen suerte de tener una madre como yo. Van a crecer sanitos. No les va a pasar como a mí, que mi madre no me lavaba los dientes. A mí los bichos me entraron por ahí, por la boca. Y los doctores no saben nada. Se levantaba la blusa y nos mostraba la cicatriz. Una cicatriz gorda, horizontal, que le cruzaba el abdomen de costilla a costilla. Los doctores no saben nada. Yo sí. Yo los voy a cuidar. Todo esto nos decía mientras nos miraba tomar las cinco jarras de agua. Después nos mandaba a la cama y se ponía a cantar. Una baguala. La letra la inventaba ella. Nada les va a pasar, cantaba, sanitos van a crecer. La baguala nos alejaba del cepillo, y del trapo, y del agua, y a ella se le notaba un alivio en los ojos, mientras cantaba.

También nos enseñó a leer. Y a escribir. Decía: Mucho bicho en la escuela, yo les enseño. Leíamos la enciclopedia Vox. Tres tomos de tapa dura, color carmín, letras doradas. Los únicos libros de la casa. Nos sentaba a la mesa y nos daba un tomo a cada uno. Decía que hojeáramos el libro y que eligiéramos diez palabras. Mirábamos las ilustraciones. Casi todas en blanco y negro. Después elegíamos las palabras y teníamos que copiar las definiciones en el cuaderno. Cuando terminábamos de copiarlas, Mauro me tenía que leer sus diez palabras y yo le tenía que leer las mías. Varias veces, hasta que las leíamos sin errores. Gusano: Tipo de animal metazoario celomado, de forma prolongada, cuerpo blando, sin esqueleto ni patas articuladas. Véase el

cuadro: Animal (Reino). Larva: En los animales sujetos a metamorfosis, primera forma del animal al salir del huevo. Después nos hacía elegir la palabra que más nos había gustado: teníamos que inventar diez oraciones con esa palabra y anotarlas en el cuaderno. La larva nace del huevo. La larva hace una hebra de seda. La larva crece capullo. La larva ovilla la seda. La larva se vuelve crisálida. La larva anida. La larva arrulla. Así. Todos los días. Con las diez oraciones terminaba la mañana y llegaba la hora del almuerzo.

Comer sano, decía. A comer sano. Y se ponía a cocinar. Animales, no. Son peligrosos. Comemos vegetales. No todos. Hojas verdes, no. Mucho bicho. Imposible limpiar.

Después del almuerzo venía el sangrado de encías, para que los bichos no bajaran al estómago. Quedábamos adoloridos, un rato, sentados sobre la cama, apenas mirándonos, molestos, tragando sangre, hasta que íbamos al baño, a sacarnos ese gusto de la boca, y mamá se ponía a trabajar. Le encargaban muchos trabajos. De costura. A veces se quedaba hasta tarde con la máquina. Para nosotros, era el mejor momento del día: el traqueteo de la máquina de coser. Mientras cosiera, podíamos jugar. No teníamos que ensuciarnos, eso sí. No anden desparramados, decía, mucho bicho en la tierra.

Nuestra casa tenía tres camas y una mesa al lado de la cocina. Teníamos tres puertas: una daba a la calle; la otra, al baño; la tercera, al patio de atrás. El patio tenía piso de tierra. Mamá siempre decía que le quería poner un piso de cerámica, pero nunca le alcanzaba la plata. Renegaba bastante con eso: ojo la tierra, hay gusanos. Podíamos salir siempre que no hubiera barro. Cuando llovía, teníamos que esperar varios días hasta que el sol secase la tierra. Cuando llueve los gusanos aparecen, no se puede salir. Cuando hay barro, tampoco. El barro enferma. Van a crecer sanitos. Barro: Masa que resulta de la unión de tierra y agua. Fig. Cosa despreciable. Sano: Que goza de perfecta salud. Fig. Entero, no roto, ni estropeado.

Nos vestía de blanco, mamá. Ella nos hacía la ropa. Pantalones y camisas. Blancos. Para ver la mugre, decía. Así los bichos no entran. Con ojos limpios se ve la mugre. Hay que estar atentos. No como mi madre, que no estaba atenta. Se levantaba la blusa y nos mostraba la cicatriz. Ojos atentos, para que esto no pase.

Lo que le había pasado a mamá era muy feo. No queríamos que nos pasara eso. Decía que a ella le habían crecido serpientes, en el estómago. Porque la mamá no la cuidaba. Le dejaba los dientes sucios y los bichos le entraban. Por la mugre. Y que ella le decía, a los doctores, que estaba llena de serpientes. Y

un buen día la operaron. Ella tanto insistió que le abrieron la panza. Y le dijeron que tenía razón. Pero que por suerte se las habían quitado. Todas. Ni una había quedado. Y ella estaba feliz, tan aliviada después de la operación. Pero al final todo fue en vano. Así nos decía: Todo en vano. Los doctores no saben nada. Me quitaron las serpientes, pero me dejaron los huevos. Se los olvidaron adentro. Nos mostraba la cicatriz y nos decía eso: Las serpientes nacen del huevo, pronto volverán.

A veces mamá salía. Iba a entregar sus trabajos de costura. Tenía muchos clientes. Nos quedábamos solos, con Mauro, cuando mamá salía. Una tarde, mientras se iba con sus bolsas, nos dijo: Vuelvo en una hora, no se desparramen. Nos quedamos jugando en el patio, un rato, pero enseguida se largó a llover. Le dije a Mauro: Entremos, va a haber barro. Entramos los dos y nos quedamos viendo la lluvia. Mamá no volvía. Mauro dijo de asomarnos a la calle, pero yo le recordé que mamá nos prohibía salir. Mucho bicho afuera. Entonces me propuso que fuéramos al patio. Le dije que no: Llueve, nos podemos enfermar. Estoy aburrido, dijo. Le propuse jugar al ahorcado. Fuimos a buscar los cuadernos y nos entretuvimos un rato con eso, pero mamá seguía sin volver. Mauro dijo: Capaz que no vuelve porque llueve. Ella tampoco querrá embarrarse. Nos asomamos al patio: mucha lluvia. Sí, le dije, tal vez se demore. Fui a buscar los libros. Mirá, te leo: Lluvia: Agua que cae de la atmósfera, en gotas. Juguemos un rato con los libros. Buscá mamá, me pidió Mauro. Acá está: Mamá: Madre. Buscá madre. Sí, estoy buscando. Acá está, dice: Hembra que ha parido. Matriz.

Se hizo de noche; mamá no volvía. Mauro se empezó a poner nervioso. Mamá no vuelve, nos podemos enfermar. No te preocupes, le dije. Ya va a volver. Cuando pare la lluvia, seguro que aparece. Pero ya es de noche, ¿no ves la hora? Sí, Mauro, veo. Quedate tranquilo, yo te cuido. Sentate. Ya te acerco las jarras.

Mamá volvió tarde ese día. No se la veía bien. Decía: Están por volver. En cualquier momento revientan. Y así fue. Nos despertamos con sus gritos. Desde entonces se negó a comer. Decía que si comía, las serpientes iban a alimentarse, se iban a volver enormes y largas y le iban a volver los dolores. Las serpientes grandes duelen, decía. Yo sé que duelen. Así que no le dimos de comer. Solo jarras de agua, porque no queríamos que sufriera.

Cuando la enterramos, llovía. Mauro estaba espantado, pero yo le dije que teníamos que hacer ese pozo. Es un asco el patio, me dijo. Mirá, todo lleno de gusanos. Pero no nos quedaba otra. Le dije: Mauro, hay que enterrar a mamá.

Nos calzamos las botas, agarramos la pala y salimos al patio.

Temprano en el penthouse

Cuando Julio vuelve del trabajo lo recibe Fátima, le cuelga el saco en el vestidor y lo acompaña al salón de juegos que está en la segunda planta de su penthouse de setecientos metros cuadrados. Julio abre el bar, mete tres hielos en el vaso (Fátima siempre lo espera con la hielera lista) y se sirve dos medidas del scotch de dos mil dólares, uno de los regalos empresariales de fin de año, aunque Julio podría comprarse cuantas botellas quisiera, de ese whisky o del que se le ocurriera.

Dos tragos más tarde, impecable, perfumada, gélida, aparece Amanda. ¿Qué tal Julio?, saluda su voz sólida, asoma su toca dorada, se interesan sus ojos alisados, ¿cómo te fue hoy? Entonces Julio se pone de pie, estira su metro setenta, voltea su abdomen redondo, sonrío sus labios imperceptibles, acalla los hielos y contesta que le fue estupendo y que ella (siempre usa la misma palabra) está espléndida hoy. Eso le dice: Estás espléndida hoy. A Julio le gusta que su esposa esté espléndida. Y ella lo complace: Amanda siempre está espléndida.

Después Amanda se sienta en su sofá predilecto, el que mandó a tapizar en terciopelo de seda, el que está de espaldas al balcón perimetral con vista panorámica sobre la ciudad (Amanda desestima esa vista), y Julio, una vez que Amanda tiene su whisky en la mano y está sentada y lo mira conforme, también se sienta. Conversan animadamente diez o quince minutos (no más, no menos) y entonces Fátima, que todo lo mide, les pregunta si desean cenar ahora o más tarde.

Cuando contestan que van a cenar ahora, Fátima sabe que bajarán al salón comedor en cinco minutos. Es el tiempo exacto que tiene para bajar un piso por la escalera de servicio, caminar hasta la cocina, dar aviso a la cocinera, a las camareras y al maître, supervisar que la mesa de seis metros esté convenientemente preparada, con el mantel de hilo, las rosas frescas, la porcelana inglesa, los cristales diáfanos, los cubiertos de plata, la iluminación máxima y la temperatura que a ellos les gusta: veintidós grados en verano, veintisiete en invierno. Para cuando las camareras y el maître están esperándolos con los guantes blancos, de pie, en fila, al lado de la mesa, ellos emergen del ascensor de los pasamanos bañados en oro y saludan.

Saludan distinto: Amanda lo hace con la vista clavada en la araña de cuatro

pisos de caireles venecianos y una mueca que se desvanece mucho antes de convertirse en sonrisa; Julio, en cambio, fija la mirada en un punto incierto entre las camareras y el maître, como si ese punto los concentrara a todos, y hacia allí sus ojos cabecean la sonrisa de sus labios asimétricos.

Cuando contestan que van a cenar más tarde, Fátima sabe que se retirarán a la master suite de ciento cuarenta metros cuadrados (normalmente, a tener sexo) y que bajarán una hora y media más tarde, bañados, immaculados, sonrientes. En estos casos, Fátima baja por la escalera de servicio, camina hasta la cocina y avisa que los señores cenarán a las veintidós. La cocinera apaga las hornallas, o el horno, o ambas cosas; las camareras entran a la cocina, el maître las sigue; se sientan a la mesa de fórmica que tienen en el pasillo que conduce al lavadero, se sacan los guantes blancos y cenan. Se cuentan cosas mientras cenan; se divierten: son veinte minutos de susurros y de risas inaudibles. Después la cocinera lava los platos de los arabescos cachados que cada uno le acerca a la mesada de mármol negro para volver enseguida a la mesa de fórmica que se convierte en teatro: ya comienza la novela de las nueve. Cuando los señores cenan a las veintidós, ellos saben que ninguno podrá ver la última escena de ese capítulo, pero no les importa, porque saben que al día siguiente el televisor la escupirá mil veces, entre la propaganda del detergente concentrado y la del banco que hace realidad tus sueños.

Hace cuatro años, cuando Julio llegaba del trabajo, Fátima le colgaba el saco en el vestidor y mientras lo acompañaba al salón de juegos de su penthouse de setecientos metros cuadrados, le informaba lo que estaban haciendo sus hijos. Cuando Julio llegaba al bar y metía los tres hielos en el vaso y vertía en él las dos medidas de whisky, ya sabía que Máximo estaba en la terraza, bebiendo con sus amigos del club, y que Franco estaba en su dormitorio, estudiando. Entonces Julio salía del salón de juegos con la mirada despierta, el vaso en la mano, el cansancio guardado, atravesaba la sala de estar de la segunda planta y aparecía en la terraza: Buenas noches, señores, escupían sus carismáticos labios ladeados y todos se callaban y se ponían inmediatamente de pie. Normalmente eran cuatro o cinco, incluido el hijo inútil que Julio tanto alentaba: lo saludaban con escenográfico cariño y lo invitaban a acompañarlos, casi siempre señalando alguna de las sillas vacías. Julio aceptaba porque le gustaba escrutar el perentorio entorno de su primogénito: empezaba por contar alguna historia fantástica y, cuando ya los

tenía al borde del aplauso, les preguntaba por las novedades del día. Absorbía la información con avidez, tomaba nota de todos y cada uno, y cuando consideraba que ya tenía suficiente, se ponía de pie, exhibía el vaso vacío y se excusaba: Algo le ha pasado a mi copa, sabrán disculpar. Todos lo despedían extasiados, le hacían notar a Máximo que tenía un padre excepcional. Mientras Julio se alejaba hacia la sala de estar, escuchaba los aplausos que le dedicaban (todos, menos Máximo).

Julio volvía al salón de juegos y se servía otro whisky antes de dirigirse a la habitación de Franco (ese hijo con el que estaba al borde del colapso). Entraba cuando oía el estoico Adelante que Franco exhalaba cada vez que golpeaban a su puerta: Hola, papá, ¿cómo estás? En un rato cenamos, ¿vas a bajar? Sí, ya termino. ¿Qué estás estudiando? Ahora estoy con Hegel, la dialéctica del amo y del esclavo, tengo examen mañana. Entonces Julio bajaba la vista, en silencio, y la descansaba en su mano, o en algún punto hondo del vaso que su mano sostenía: quedaba claro que su hijo no estaba estudiando economía, ni ingeniería agroquímica, ni ninguna otra cosa que fuera de interés para el futuro de la empresa. Eso duraba un segundo apenas, el tiempo que Julio necesitaba para recomponerse. Después volvía la mirada al libro, buscaba los ojos de su hijo y le dirigía una sonrisa que era de puro desencanto.

Hace muchos años, cuando Julio recién llegaba a Brasil, cuando recién lo nombraban gerente general, cuando compraba la primera casa, cuando los hijos de sus amigos se fascinaban con los helados que Fátima servía en esferas perfectas y con el hámster que corría en su rueda infinita y con el baño que tenía el asiento para inodoro con caracoles de verdad entre el acrílico transparente que los contenía, cuando ir a visitarlo era, para cualquier niño, una fiesta, Julio sabía que su fortuna solo crecería, sin otro destino que la riqueza llevada al extremo; la riqueza domada: para servirlo, para darle los gustos, para dejarlo jugar a su antojo el mejor de los juegos: el juego de la infancia dorada, el de la realidad generosa, maleable.

Hace algunos años, cuando Julio estaba en la cima, cuando compraba animales exóticos para exhibirlos en su estancia arbolada, cuando las fastuosas fiestas se multiplicaban en espejos biselados, cuando su esposa era la más bella y sus hijos crecían a la sombra de un ejército de niñeras, cuando viajaba en su helicóptero, o en su avión, y derrochaba carisma, y cosechaba

aplausos y admiración, lo que Julio no sabía era que moriría temprano.

Una noche de esas en que los señores iban a cenar más tarde, cuando faltaban dos días para que Julio cumpliera cincuenta, mientras el esclavo era azotado por orden del amo en la pantalla del televisor, mientras Fátima, la cocinera, las camareras y el maître esperaban que se hicieran las veintidós menos quince para recalentar la cena y servirla, se oyó un ruido sordo, seco, breve: era Julio. Era Julio desplomándose, cayendo, golpeándose, sangrando. Era Amanda abriendo la puerta de la master suite, pidiendo auxilio, agarrando el teléfono, llamando a la ambulancia, absorta, incrédula. Era el médico que venía, que quería reanimarlo, que buscaba la manera, que no podía.

Julio ya no está, pero si Julio estuviera, ahora vería cómo Máximo incrusta el BMW en la curva de la Avenida de los Inmigrantes y fenece en el acto. Y vería cómo llega la ambulancia y después la policía. Y cómo el frío de esa noche impide que haya curiosos entre su cuerpo. Y apenas dos años más tarde vería cómo Amanda se pega un tiro y deja unas manchas espantosas en las immaculadas sábanas de algodón egipcio. Y aún más tarde, vería, también, que cuando Franco vuelve del trabajo, lo recibe Fátima, le cuelga el saco en el vestidor y lo acompaña al salón de juegos que está en la segunda planta de su penthouse de setecientos metros cuadrados.

A media voz

Esta historia me persigue sin descanso. Me acecha de noche, cuando apoyo mi cabeza en la almohada. Basta que apague la luz para que se me aparezca: Angelita sentada en el patio y Teresa ofreciéndole un té; o Angelita en su mecedora y Teresa cortando las verduras para la sopa. Y si llego tarde, después de un día agotador, y me quedo dormida apenas apoyo la cabeza en la almohada, es peor. Porque entonces las imágenes se me aparecen en sueño y son mucho más vívidas que los recuerdos que me invaden en la duermevela. Yo no sabía cuánto esta historia iba a molestarme, pero voy entendiendo que tengo que hacer algo con ella, de modo que he tomado la decisión de escribirla. No sé muy bien por dónde empezar, solo tengo unos pocos hilos de historia. Podría seguir un orden cronológico, pero desconozco grandes tramos del pasado y ya no tengo a quién preguntárselos. Con tanto agujero no podré seguir ningún orden; acaso alcance con describir las imágenes que me persiguen. Después de todo, solo quiero agotarles la persistencia.

Empiezo por donde me acuerdo: estoy en el patio de la casa de la abuela. Tengo siete años y juego a las cartas con la tía Angelita: a la escoba del quince. La tía Angelita me quiere: pasa tiempo conmigo, eso me basta como prueba de amor. Mientras Angelita está conmigo, estoy a salvo de la abuela, que me odia. No puedo probarlo, pero estoy segura de que la abuela la quiere a mi hermana. A ella le sonrío. A mí no. Es verano, hace calor y faltan dos horas para que preparemos el flit. La abuela vive cerca del parque: a la hora de los mosquitos vemos una nube que se acerca, hambrienta. Esa nube solo se combate con flit. Y con espirales. El olor a espiral me devuelve a ese patio, a los lazos de amor, a los malvones, a las lenguas de vieja, a los cuadros de Cristo, al desamparo, y un poco a la tristeza: el olor a espiral es el olor de esta historia, o de esos viajes, porque había que visitar a la abuela, siempre en verano. El sol alucina la historia, la vuelve blanca, plana, y uno ya no la recuerda, porque queda velada, entre tanta luz. El calor procrea mosquitos y los mete en la noche. La noche viene con el manto de lo que no logro descifrar: acaso porque tengo siete años y no son suficientes. Lo cierto es que me toca dormir con la abuela. Ella cede su dormitorio matrimonial a mis padres, que lo comparten con mi hermana. La tía Angelita duerme en su cuarto,

donde solo hay espacio para su cama y su guardarropas inmenso, de cedro oscuro, casi negro. Teresa duerme en la habitación de servicio, a medio camino, en la escalera que conduce a la terraza. A mí me toca compartir el living con la abuela. Me hago la dormida pero me cuesta conciliar el sueño: una lamparita mezquina alarga los muebles sobre la pintura descascarada, una sombra rectangular me cubre el rostro y todo me espanta: ese comedor, esa sala de estar, esos muebles de roble, ese reloj de péndulo, esos cuadros oscuros, ese olor a encierro, ese espacio deshabitado que solo se puebla en estos viajes, cuando la abuela y yo compartimos la noche: ella, sobre los vahos de la orina que guarda bajo la cama; yo, entre los múltiples fantasmas que me asedian hasta la madrugada. Ya llega la hora: estoy acostada en mi catre, no hace frío, igual tiemblo; ella se acerca, con su camisón blanco, y se sienta al borde de su catre; cree que duermo, pero la espío desde la sombra que cubre mis ojos; se saca la ropa interior que todavía lleva bajo esa camisola, la dobla y la guarda bajo la almohada, después se levanta el camisón, se acuclilla y escucho el chorro de orina que cae dentro del recipiente de loza cachada, guarda su orín bajo la cama; tiene un prendedor en el pecho, le cuelgan medallas, de santos y de vírgenes, lo desprende y reza; escucho el murmullo, los convoca, ya los siento a mi alrededor, martirizándome porque no me bautizaron, ella siempre me lo reprocha, con cara de amargura, o de asco, y que la culpa es de mi madre, me lo dice en voz baja, cada vez que puede, y yo me lo guardo, no se lo digo a nadie, porque creo que así exorcizo sus palabras, las inhibo, o me redimo de sus maldiciones, que seguro me las dirige; después el murmullo cesa y ella apaga la luz. Ya estoy sola, en la noche que ahora solo será de los fantasmas que me asedien en este recinto espantoso hasta que mis ojos ya no aguanten, y se cierran, hasta el otro día, cuando el tintineo de los cubiertos me avise que el desayuno está servido, que la familia está ahí, resucitada, y yo sienta, otra vez, que la noche fue una pesadilla que ya pasó.

Me he preguntado largamente por qué me sentía protegida por la tía Angelita, si ella dormía en su cuarto, sola, sin ceder su cama a nadie, sin preocuparse por mí cuando llegaba la noche.

Sirven el desayuno y todo se vuelve irreal: la orina bajo el catre, los murmullos de los rezos, los santos y las vírgenes, las sombras de la noche y ese barco frágil en la inmensidad del océano, bajo esa tempestad tan grande y tan gris, colgando de la pared descascarada y húmeda, al lado de mi catre.

Nunca hablé de esto con mi hermana: no le pregunté si ella tiene recuerdos

de esa casa, de ese patio, de las noches de insomnio, del tintineo del desayuno, del olor a espiral. Debería preguntarle, nunca supe si ella siente el mismo espanto.

Sueño con la tía Angelita: está sentada en el patio, Teresa se acerca y le pregunta ¿Desea algo la señorita?, y Angelita se desvanece y aparezco yo, muda, al lado de Teresa: me mira con sus ojos traslúcidos de mar y me abraza. Teresa y yo somos huérfanas. Las dos lo sabemos, pero no decimos nada. Solo nos abrazamos mientras yo tomo el lugar de Angelita.

Los pocos relatos de la tía Angelita me llegan tardíos, cuando me animo a preguntar: La tía enterró los cubiertos para salvarlos de la guerra, por eso tenemos estos cubiertos de plata, dice mi padre, son los cubiertos que usaba tu abuela en ocasiones y en los desayunos de cuando la visitábamos. El resto del año comía con los cubiertos de alpaca; todavía los tenemos, fueron su regalo de bodas.

Invito a mi madre y a mi hermana a cenar. Vienen todos: mi madre y mi padre, mi hermana con su segundo marido, y estoy yo, con el mío, el de toda la vida. Nos sentamos a comer y uso unos cubiertos de acero, pero cuando pongo la mesa me acuerdo de la tía Angelita y de sus cubiertos enterrados en la guerra. El tema se instala por mi culpa, pero no me doy cuenta, y pienso que sale natural: La tía se vino de Italia con Teresa, ¿no es cierto? ¿Quién era Teresa? ¿El ama de llaves? ¿Se la trajo como pertenencia? ¿Teresa vino mansa? ¿No dudó? Es que me acuerdo de Teresa, de su sopa de verduras, de sus labios finos, de sus raviolos solo suyos, de sus vérices contenidas entre vendas del color de su piel, de sus tobillos hinchados, de su media lengua y, a pesar del desarraigo, de su estoica sonrisa, honesta y visible, a labio despintado, a rostro desnudo, a pura arruga de piel blanca, a exceso de peso, envainado en la túnica de arabescos gris plata, tan sola, en estas tierras, y tan inexplicable, porque se vino de allá, cargando el baúl de los cubiertos y de las ropas de seda, del otro mundo que dejaba para acompañar a Angelita, y me pregunto con qué fin, y escucho a papá, que me saca del sopor, y dice: La tía Angelita fue criada por otra familia, una familia muy rica, del norte de Italia, nunca supe por qué se la llevaron, pero fue así, y la criaron allá, en grandes residencias, entre cristales y platas, y le enseñaron piano, y francés, y siempre tuvo criados a su servicio, muchos criados, hasta que vino la guerra, y no sabemos bien qué pasó, pero parece que perdieron cosas, porque ella aparece acá, sola, con los cubiertos y algo de ropa y unas vainas de balas. Y con Teresa. No sabemos más. Se hace un silencio en la mesa. Aprovecho para

llenar las copas. Sonrío, y saco otro tema; comemos juntos, sin rencores. A la medianoche se van. Levanto la mesa y me quedo pensando en Angelita. Me pregunto por qué su familia la habrá entregado para que la críen otros y qué tiene esa tía para mí, que me perturba tanto, o que me redime: a veces tanto da.

La tía Angelita tiene el pelo blanco, y se hace una trenza larga, y la enrosca alrededor de su cabeza pequeña, y queda peinada como diosa romana, y me sonrío sus arrugas incontables mientras me invita a jugar a las cartas. La tía Angelita parece disfrutar de nuestros encuentros, cuando yo tengo siete años, o nueve, o diez, porque después la tía Angelita muere, nos enteramos por carta, y papá llora: se tapa el rostro con las dos manos y llora un rato, bastante rato. Después se seca las lágrimas y nos mira: murió Angelita, dice, y yo me quedo perpleja, pero callada, y no lloro. Solo corro a mi cuarto y busco la caja de música, una caja vieja, que también vino en el baúl. Le doy cuerda y la abro. Escucho a Beethoven y entonces sí, lloro: no mucho, apenas lo que dura la música que la bailarina baila. Después viene el silencio, y salgo de mi cuarto, y abrazo a papá.

Teresa nunca llora, ella es fuerte: sirve la sopa más rica del mundo apoyada en sus várices envainadas y en la sonrisa de sus labios finos y arrugados. Yo tomo la sopa y todavía no sé que ese sabor nunca volverá. Se irá con la tía Angelita, y con Teresa, pero tengo siete años, o diez, y eso todavía no lo sé.

Es Navidad: invito a mi madre y a mi hermana a casa. Compró un arbolito; nunca tuve uno. Pero si invito a casa, tengo que tener uno. Lo adorno con guirnaldas, y con luces blancas. No sé bien por qué lo hago: nunca me importaron los arbolitos, ni la Navidad. Considero que esta vez hace falta: podrán poner los regalos bajo el árbol; me agrada la idea. Cocino un pavo, compro pan dulce, compro nueces y champagne. Compró un mantel rojo, lo adorno con velas. Me baño, me visto, enciendo las luces del jardín, y las del árbol, y los espero. Son las diez, nadie llega. Los llamo. Nadie atiende. Me siento a la mesa con mi esposo: comemos unas nueces y bebemos una copa de vino, mientras esperamos. Las diez y media, casi once: suena el timbre. Corro a la puerta y abro. Llegan todos juntos, parecen contentos, traen regalos, y unos vinos; saludan, un poco ebrios. Pienso en hacerles mención al atraso, o a nuestro desconcierto, pero entran cantando y no digo nada. Llevo el pavo a la mesa, y las ensaladas, y empiezo a servir. No tienen hambre, solo mi esposo y yo comemos bastante. Ellos apenas prueban lo que les sirvo, pero beben, y cantan: parecen animados y un poco me reprocho que mi esposo y yo no

seamos tan alegres. Dan las doce: brindamos y nos acercamos al arbolito. Es pequeño, pero está lleno de adornos y se ve muy bien. Lo pusimos sobre una mesa baja y parece más alto de lo que es. Nos repartimos los regalos. Mi madre se acerca, tiene dos paquetes en sus manos. Le entrega el más grande a mi hermana. El otro es para mí. Lo abro: es un delantal de cocina, amarillo, a rayas. Entrego mis regalos: perfumes para mi madre y mi hermana, una corbata para mi padre, una camisa para mi cuñado. A mi esposo le regalan un portarretratos de acrílico. Mi hermana se excusa: olvidó nuestros regalos en su casa. Brindamos de nuevo y volvemos a la mesa: corto el pan dulce. A las doce y media me dicen que es tarde, y se van.

Mis pesadillas me preceden: anoche soñé que la tía Angelita estaba en su mecedora, en el patio, mientras Teresa se acercaba con sus vérices vendadas y le ofrecía un té. Al rato la tía Angelita era mi hermana, que se mecía con una sonrisa de sorna y yo me acercaba con un vaso apoyado en una bandeja de plata, y se lo daba. Me faltaban las piernas, iba en una silla de ruedas, con la bandeja apoyada en la falda y mis manos haciendo rodar la silla, temblando para que el agua no se volcara y no manchara la bandeja, primero de plata, después verde, opaca de óxido.

Teresa se acerca a la mesa, apoya la fuente de raviolos y la abuela los sirve. Tengo ocho años y esta tarde nos llevarán al zoológico. Iremos con Mónica y Lucía, las vecinas de enfrente, las únicas amigas de estos veranos. Jugamos a las escondidas en la terraza interminable, tan interminable que podríamos jugar eternamente sin encontrarnos; o enhebramos collares con las flores que nos tira el árbol de la puerta, violetas, a veces lilas, con ese canutillo por el que pasamos la aguja, y el hilo, y los hacemos tan largos que nos cubren el cuello, dan vuelta, nos sirven de corona, y de esclavas, que nos atamos a los brazos porque somos princesas y la siesta nunca termina.

Al día siguiente no me despierta el tintineo de los cubiertos, ni las voces del desayuno: me despierta el llanto de Teresa y las muchas voces que susurran. Salgo de la cama: todos miran para afuera, señalan, hablan entre murmullos. Le pregunto a la tía Angelita, porque la tengo a mi lado, pero no me contesta. Solo escucho de sus labios mustios, cansados: Se los llevaron. Miro la casa de enfrente: la puerta está toda rota, ya no cierra del todo, tiene dos agujeros. Yo tengo ocho años y tiro de las enaguas que me rodean y pregunto quién se los llevó, adónde se los llevaron. Pero ya nadie contesta. Ese día ocurre en silencio, o a media voz, apenas se come, mamá solo llora y la tía Angelita no me juega a las cartas. Ya nunca volví a verlas: Teresa me

dijo que las niñas se tenían que mudar, que iban a vivir con su tía, lejos. Ya no tuvimos amigas de verano para jugar a las escondidas, o hamacarnos en la plaza, o convertirnos en princesas en la siesta interminable. Solo nos quedó esta foto: las cuatro en el zoológico, con la jirafa de fondo, las mejillas sucias de trepar al árbol, los labios rojos de calor y los ojos mirando al objetivo, claros, llanos, convencidos de que la felicidad tiene forma de zoológico y fondo de jirafa.

Decido llamar a mi hermana: la cito en casa, a tomar el té. Es domingo; se sorprende. Me dice que tiene otros planes: desde que se separó sale mucho, va al cine, o al teatro. Pero le digo que es importante y finalmente lo logro: me confirma que viene a las cinco. Corto y no sé si me alivia o me aterra, pero ya estoy grande y es hora de hablar con ella. No tendría con quién más: están todos muertos. Solo ella me queda y tengo demasiadas preguntas atragantadas. Pongo la mesa con los cubiertos de la tía Angelita, porque me los dejó a mí, y me siento a esperarla. Cuando llegue, quiero preguntarle qué recuerdos tiene de aquellos veranos, y si la pasaba tan mal como yo, durmiendo abrazada a sus padres mientras yo respiraba los orines de la abuela; o si ha percibido cuánto esa vieja me odiaba y si conoce el motivo, porque acaso lo sepa; o si alguna vez se detuvo a mirar esta fotografía que hoy tengo en mis manos, la del paseo al zoológico con las vecinas de enfrente, porque estamos las cuatro, tan felices, y cuesta creer que alguien no notara cuánto me parezco a Mónica y cuánto cuesta distinguirnos como no sea porque todos sabemos que Mónica era un año mayor que yo; me pregunto si esto se le ha pasado por alto todas las veces que miramos esta fotografía, la única que tenemos con ellas. Sin esta foto, todos creerían que estoy loca. A veces yo misma lo pienso, hasta que llega la tía Angelita, con sus ojos opacos de historia, y me recuerda que volvió de Italia para jugar a las cartas conmigo, pero también para acariciarme el pelo, y serenarme, y jurarme que ese bicho no era mi abuela. A mi padre se lo llevaron de la casa de enfrente aquella noche, pero se lo siguen llevando todas las noches, cuando apoyo mi cabeza en la almohada. Entonces llega la tía Angelita, con su trenza larga, y Teresa, con su sopa de madre, y yo a veces las miro y me calmo, y otras veces, como hoy, solo quiero que venga mi hermana y me cuente cuándo lo supo. Yo lo intuí aquella Navidad de hace tantos años, cuando todos llegaron tarde, como si no importara; comidos, como si yo ofreciera veneno; bebidos, como si pretendieran que el alcohol les ahorrara el recuerdo. Pero hoy quiero mirarla a los ojos cuando le pregunte por qué nunca

me lo dijo. Y si acaso ella fuera honesta conmigo, quizás me animara a preguntarle si el olor a espiral la transporta a ella, como a mí, a aquellos veranos de insectos quemados por ese sol que calcina la historia, la vuelve blanca, plana, y uno ya no la reconoce, porque queda velada, como esta foto, entre tanta luz.

Parsimonia

El aire gélido entra en mis pulmones. Viene directo a mí; me busca; se cuela por los agujeros de la chapa; me reanima. Sé que a la madrugada lloverá: amaneceré empapado. Tengo una gotera que me da de lleno en la almohada. Al principio trataba de taparla: buscaba algún plástico, un pedazo de chapa, una madera; lo que me dieran. Pero ahora me resigné. No me desagrada: al menos puedo decir que tengo algunas certezas. Por ejemplo, esta: si llueve, amanezco mojado. Alguna vez especulé con correr la cama de lugar, pero al poco tiempo me di cuenta de que era imposible. La cama no cabe en ninguna otra posición dentro del habitáculo. Solo cabe donde está: si la pongo contra la otra pared, la que no tiene goteras, la puerta no abre. Además, tendría que correr el inodoro, que tengo al lado de la cama, y no sabría hacerlo. Decidí que prefiero la gotera sobre la almohada: probé dormir al revés, pero en ese caso se me mojan los pies, y no me gusta. Por momentos creo que siempre he vivido en esta casilla de chapa. No es que me engañe: la historia se olvida. A veces hago esfuerzos por recordar cómo era antes, y antes de antes, y aún antes. No me resulta sencillo. Me cuesta. Otras veces hago esfuerzos por olvidar, por convencerme de que esto ha sido siempre así. Es más fácil. Acá la vida es preludeo de cosa cierta; huele a urgencia, a presente. Eso me hizo mucho bien al principio. Cuando llegué acá, andaba agobiado de pasado: creo que vine para probarme que podía deshilarlo, volverlo incierto, etéreo, y colgarme, aliviado, de las certezas del presente. La gotera fue muy útil. Mi pelea inicial contra ella, aunque con escasas fuerzas y pocos elementos, fue la primera señal irrefutable de que podía deshacer mi pasado si me concentraba en alguna de las urgencias que me rodeaban. Y así estuve un año entero: de urgencia en urgencia. Aprendí que la vida es mucho más larga acá: es más intensa. Peleé con goteras, y con cabrones. Hoy me respetan. Nadie se mete conmigo. Creo que a estas alturas he perdido toda urgencia. Pero está bien así: últimamente solo me pregunto si tardarán mucho en encontrarme.

De Mariano me quedó sobre todo el exceso. Ese exceso rabioso, pura nada, contra todo. Y su voz profunda. Esa voz cavernosa que me desarmaba, inevitable, y me dejaba rendida. La misma voz que me invitó a cenar la primera noche: una garganta capaz de tragar mil licores, capaz de exhalar mil miserias, capaz de escupir mil sonrisas. Mariano se me instaló así: a palabra pura.

Una noche me llevó a conocer a su familia: una madre áspera que vivía de la pensión del padre muerto, una adolescente frágil que tocaba el piano en un rincón de la sala, un hermano musculoso que nos miraba atento para extraviarse al rato en algún pliegue de las cortinas que el balcón se tragaba a intervalos regulares. Esa noche comimos, y bebimos. Y me dieron la bienvenida. No puedo mentirle: esa noche, aún con su manto de leve extrañeza, tan evidente hoy, no me permitió adivinar ni una hilacha de lo que sería mi futuro a su lado. Y cuando lo pienso, me condeno, porque el futuro puede ser caprichoso, pero se lee en el rostro de cualquiera. Suelo preguntarme por este error y solo me calmo pensando en mi juventud de entonces: ese territorio de eternidad distraído del futuro. Supongo que el desvelo por las combinaciones del azar es cosa de viejos.

Trago el veneno de hoy y sigo escribiendo. Con esta lluvia no pienso salir: no tengo nada que hacer afuera. Me siento a los pies de la cama, donde no llueve, y escribo encorvado, sobre mis rodillas, en este cuaderno de tapas duras, gruesas, de cartón. El cuaderno no es lindo, pero es el único que tengo. Se parece bastante al que usaba Martina. Mi hermana tendría treinta y dos o treinta y tres años cuando la encontramos muerta. Le gustaba tocar el piano: mamá se lo había comprado cuando tenía nueve y todavía vivía papá. Al principio venía un profesor a casa, los martes y jueves, siempre puntual. Me gustaba molestar a Martina mientras tomaba sus clases. Creo que me daba envidia que ella tuviera una inclinación artística. Lo pienso hoy. En aquel entonces solo disfrutaba jugando al indio con Tadeo, gritando tan fuerte como podíamos con tal de molestarla. Mamá nos castigaba al rato: nos encerraba en la pieza y nos amenazaba con atarnos a la silla si seguíamos haciendo escándalo. Tadeo y yo nos reíamos cómplices y nos íbamos al cuarto en silencio hasta que la clase estaba a punto de terminar. Cuando escuchábamos que el piano se detenía, inconfundible señal de final de clase, salíamos de la habitación con arcos y flechas, aullando desahogados, y no cejábamos hasta clavarle una flecha al profesor. Nos imponíamos blancos inciertos, el profesor todo era un blanco en sí mismo: mientras la flecha quedara clavada, el tiro se daba por bueno. Tadeo casi siempre tiraba a la frente o a la pelada; yo solía embocar su nuca o su garganta y creía que mi tiro era superior porque pensaba que si fuera una flecha de verdad, el profesor estaría muerto. Mamá se enojaba de nuevo y nos imponía algún castigo, pero nosotros renovábamos el pacto cada martes y cada jueves. No teníamos nada mejor que hacer. Cuando pienso en esos años, con papá todavía vivo, siento unas ganas incontenibles de volver el tiempo atrás, de empezar de nuevo. Me hago ovillo, me meto debajo de la cama, aprieto los dientes, fuerte, y lloro. Al rato me duele la mandíbula y las lágrimas ya no salen. Entonces me estiro otra vez, me acuesto sobre la cama y me calmo. Como sea, es una pena que Martina terminara así. Me dijeron que murió de sobredosis. Lo cierto es que los últimos años tanto los pasaba internada, como en casa, como tirada en alguna vereda. Le daba lo mismo.

Junto con Martina perdimos la pensión por esquizofrenia. Mamá quedó visiblemente dolida, la pensión le significaba bastante.

Si quisiera marcarle un punto de inflexión en mi historia con Mariano, no podría. Repaso esto una y otra vez y no encuentro ninguna fractura. No hay un antes y un después: es un continuo. Todo ha discurrido sutilmente, en una misma dirección, sin detenerse. No hubo crisis, solo derrumbe paulatino, persistente, muy lento. No tuve cómo darme cuenta. Fue como una enfermedad imperceptible que trabajó en la oscuridad, bajo tierra: se dejó ver cuando ya no tenía cura. Quizás usted crea, y estoy de acuerdo, que vivir en una casa con cinco heladeras que atiborran varias decenas de kilos de carne al tiempo que uno engorda como un chanco no es algo habitual, pero créame que estas bizarrías se instalaron mansamente en nuestras vidas: no era algo para cuestionar, tal era el valor de verdad que las necesidades de Mariano tenían para mí y la certeza con que él las imponía. Podría decirle lo mismo sobre otras situaciones que, pensadas desde hoy, se tomarían fácilmente como ejemplos de completo extravío. Pero entonces no lo eran. O yo no las entendía así. Usted no se imagina las noches que me encontré descreyéndome, cuestionándome, odiándome, por mi falta de alerta. Pero solo llego a una misma conclusión, una y otra vez: fue la parsimonia. Fueron treinta años. Uno atrás del otro. Día tras día. Vividos pausadamente, en una dirección certera, tóxica. Si usted me lo pregunta y yo le tengo que ser sincera, hubo un solo momento de mi vida en que pude haberme dado cuenta y salirme de esto a tiempo. Y no lo hice. Fue el momento en que Mariano me presentó a su familia. Es lo único que pude pasar en limpio después de tantos desvelos: para ese entonces yo no estaba tan comprometida y es probable que esa noche yo pudiera sentir alguna clase de extrañeza. Pero la ilusión lo tapó todo. Salimos de la cena riéndonos a carcajadas. Nos reímos de su hermana, y de su hermano, y de su madre. Y me sentí a salvo.

Sube un olor a mierda insoportable. Se debe haber llenado el pozo otra vez. Maldita sea: yo no quería salir. Pero si no salgo tendré que soportar el hedor. No hay muchas cosas que me importen en este momento, pero nunca toleraré el olor rancio de las deyecciones ajenas. Busco el pantalón: está colgado del picaporte. Me lo pongo y salgo a la calle. Lo veo a Pedro. ¿Ha sentido el olor?, le pregunto. Pues claro, me contesta, ¿qué cree que hago bajo la lluvia?, si se siguen mudando gringos al barrio un día vamos a amanecer nadando en la mierda. Bueno, amigo, no exagere; este pozo lo compartimos entre cuatro nomás. Eso es lo que usted cree: ya son ocho entubados acá; les cobró Pérez: mire, ahí aparece.

Bueno, la cosa es que Pérez habrá cobrado, pero Pérez resolvió el problema en unas horas: ya no hay olor. Vuelvo a mi cama muerto de frío. Es de noche otra vez y ya no llueve: en alguna parte debe estar la luna. En este laberinto de calles angostas jamás vemos el cielo, pero sabemos si hay luna: el resplandor sí llega. Lo que en noches frías como las de hoy no puedo es superar la tristeza. O puedo. Pero me cuesta un poco más. Acaso por culpa del viento: tiene un ulular espantoso sobre las chapas, contra la puerta, sobre mi cara. Las paredes se adelgazan con el frío de la noche. A veces me acuerdo de Angélica y me da un poco de pena. Después de la muerte de Martina, tuve que redoblar mis esfuerzos. Abrí dos consultorios más, viajaba todo el día de un consultorio al otro y con lo que empecé a ganar pude completar lo que necesitaban mamá y Tadeo para vivir. Pero yo detestaba trabajar de médico. Creo que me hubiese gustado cantar: lo pienso hoy. Mariano Eduardo Campos: cantante lírico. Muchas veces me pregunto por la dificultad de tantos por respetar la vocación, o el talento, o la pasión, o como se llame eso que hace que uno se sienta comfortable mientras hace algo. Acabé siendo un pésimo médico. Al principio lo sobrellevaba, eran pocas horas. La muerte de Martina lo echó todo a perder. Lo supe años más tarde. Fue una mañana, creo, o una tarde, ya no importa. Sí me acuerdo que me estaba vistiendo y algo me instaló frente al espejo; me obligó a mirarme. Y no era yo. En el espejo había otro: un hombre gigante; un cuerpo recubierto de grasa; los huesos sepultados bajo una

inconcebible masa de pieles y carnes; un abdomen inmenso, a kilómetros de mí; pequeñas manos que solo se rozaban a la altura del pecho y unos ojos diminutos en un rostro inabarcable. Debo haber gritado. Lo que Angélica me cuenta es eso: que me oyó gritar y que era un grito de horror. Dice que me encontró paralizado frente a mi imagen, con la boca levemente abierta, y que no me pudo mover hasta la noche. Recuperé el habla dos o tres días más tarde, todo según Angélica, yo solo recuerdo el espejo y aquella imagen. Después estoy tirado en una cama. Días. Y después, no mucho después, me enteré de la diabetes.

El tiempo de las orgías no respondió a una lógica muy distinta: Mariano era una sinfonía de posibilidades.

Usted creará que estoy loca. No lo culpo. A veces yo también lo pienso. Mariano estuvo encerrado diez años. Sí, es un tiempo considerable, pero créame que fue un tiempo que se nos instaló suavemente, como esos perros de la calle que se le acercan a uno en silencio y uno los nota cuando hace días que los tiene adentro. Mariano decidió instalarse en el cuartito de la terraza después del agotamiento de las orgías. El cuartito estaba en un descanso de la escalera, a mitad de camino entre el patio de la planta baja y la terraza. Tenía trastos viejos. Lo vaciamos y llevamos una cama pequeña y un escritorio. Yo le subía la comida dos veces por día y su humor no era malo. Trabajaba bastante en esa época: podía mantenerlo, no me molestaba. Hoy me extraña, pero entonces todo era natural: la devoción por la comida, la clausura, el abandono, la miseria. Es lo que pasa cuando no se tiene familia, o no se tiene espejo, que es lo mismo. Nosotros no tuvimos espejo, no tuvimos nada que pusiera freno, que nos devolviera la mirada. Quedamos a merced de una lógica intrínseca, la que vuelve natural la locura, la que no tiene otro. Yo sé que usted no está aquí para preguntarme por mis razones. También sé que no podría dárselas, pero necesito decirle algo: sepa que yo seguiría hoy con Mariano si no fuera por Yolanda. Y Yolanda no habría existido si yo no me hubiese olvidado de llevarle la comida aquella noche. No lo lamento, pero es importante decirlo. Mariano la conoció esa noche, tenía hambre y yo no había hecho las compras. Revolvió los cajones hasta que encontró unos pesos. Salió de casa; fue a comprar algo de comer. Y afuera estaba ella. Lo que me dijo Mariano es que le hizo bien salir un poco: el aire fresco de la noche, sus piernas libres evitando los charcos entre las baldosas rotas, el crujir de los árboles en la brisa nocturna, los rostros ajenos que no había visto en años. Y el rostro de Yolanda, claro, y sus cabellos negros, azulados. Dice que él estaba pagando lo que había comprado cuando ella se asomó al kiosco. Y dice que se miraron y que fue fuego. Esa noche, cuando regresé, los encontré en mi cama.

En media hora tengo que tomar la dosis de hoy; ya falta menos. No estoy triste. Quise seguir acá y no me arrepiento. Hoy amaneció sin nubes: el frío se desvaneció un poco, o quedó disimulado. Me sirvo un té y se me instala mamá en la memoria. Se me instala mirando el televisor con Tadeo: fue el día que me vestí para ir a contarles que ya no podía mantenerlos. Yo había devuelto las llaves de los consultorios que alquilaba. Me pareció que Angélica estaba de acuerdo. El problema llegó a final de ese mes: mamá llamó extrañada por la ausencia de mi visita regular. La fui a ver. Cuando llegué, mamá y Tadeo miraban el noticiero. Me convidaron un té que acepté para ganar tiempo y acomodar las ideas. Pero no pude acomodar nada, así que opté por comunicarles la noticia en crudo: he abandonado la profesión, les dije, y ya no podré mantenerlos. Mi voz salía profunda, temblorosa, agitaba mi garganta llena de pliegues, las carnes se movían al ritmo de mis palabras, flácidas, incómodas. No dije nada de mis cavilaciones vocacionales ni de mi diabetes, solo me quedé mirándolos, esperando que me dijeran algo. Pero no dijeron nada. Se quedaron mudos. Acaso más tarde vomitaran un odio secular. No lo sé. Nunca lo supe. No puedo presumirlo, tampoco. Volví a casa aliviado. Poco después le propuse a Angélica que estudiáramos sexología. Angélica aceptó. Me puse a estudiar con fruición. Dejé de comer y tuve la certeza de que la sexualidad me haría feliz. Salíamos juntos alrededor de la una, cuando Angélica volvía del hospital. Dos o tres meses más tarde nos había ganado el hastío. Ya no éramos personas: éramos órganos sexuales deambulando por la casa. Las prácticas colectivas que vinieron más tarde apenas nos reanimaron un tiempo más. Al final, ni las orgías nos ilusionaban. La obscenidad lo había agotado todo: ya no sentía nada por Angélica y me pareció más honesto mudarme al cuartito de la terraza. Fue un tiempo que se me escapó como un soplo. Yo me había impuesto no molestarla, creo que ella se impuso mantenerme. No fue una mala etapa: el cuartito no estaba mal, era chico tal vez, pero tenía mi espacio y, cuando ella se iba, yo cantaba.

No me acuerdo con exactitud, pero creo que Yolanda estuvo en casa unos seis o siete meses. Al principio me costó acostumbrarme, pero a Mariano le hacía mucho bien. Empecé a verlo mejor, menos gris. Podía encontrarlo sentado en el patio o asomado a la ventana o mirando el cielo. Si bien no puedo explicarlo claramente, sé que la presencia de Yolanda no me molestaba. Por el contrario, su presencia era como de viento fresco: como si hubiera venido a quitarme una nube empecinada en mí. No sé si sentí desahogo, pero fue algo parecido. Vivían en el cuartito y yo a veces me preguntaba cómo harían para soportarse en un espacio tan ínfimo. Pero esa avaricia de metros no parecía incomodarlos. Ella había traído incluso algunas cosas propias, adornos, ropa, un televisor pequeño, un teclado. Yo ya no entraba al cuarto ni les subía la comida: no podía dar cuenta de cómo se las arreglaban. Hasta la noche que los escuché cantar. Me sorprendí tanto que salí al patio y alcé la vista. Ella tenía el teclado apoyado sobre su falda y se veía un atril que sostenía unas hojas. Sus voces eran de ensueño: tenían una intensidad de la que era imposible sustraerse. Entonaban una melodía que yo jamás había escuchado: infundía un recogimiento y una admiración inevitables. El concierto duró media hora. Lo seguí desde el patio, extasiada. Serían las nueve cuando volvió el silencio. Entonces subí las escaleras y golpeé a la puerta. Me abrieron al rato: me recibió un cuarto abigarrado, sórdido y cálido a la vez. Olía a humedad, a encierro, a ropa sucia. Me miraron absortos: solo atiné a felicitarlos. Me agradecieron. Después de esa noche, los tiempos se aceleraron. No sé qué me pasó, pero ya no toleré sus presencias. Hablé con Mariano al día siguiente: esto ya no puede continuar, le dije. Eso bastó. No fueron necesarias más palabras. Ninguna más. Él asintió sin decir nada. Se detuvo a mirar a alguna parte, quizá de sus adentros, y me pidió un tiempo. Se lo concedí. Siete días más tarde, Mariano y Yolanda se iban. Llevaban tres bolsas de basura con sus cosas. Un taxi los esperaba afuera.

Golpean a mi puerta. Es Pedro. Le abro enseguida. Me dice que salió un trabajito para mañana, en la casa de Pérez: hay que poner una ventana, dice con la voz gastada, y una puerta, no es mucho, pero son unos pesos hasta que empecemos con la pieza para la sobrina. Le miro los labios finos, violáceos, teñidos de tinto, mientras me habla. Me quedo callado un rato, y elijo decirle que no me siento bien, que tal vez para la próxima; pero me interrumpe. Dele, Mariano, me insiste con su rostro mustio, su cuerpo agotado, usted sabe que yo no puedo solo, deme una manito, acepte el trabajo. Dudo. ¿A qué hora?, le pregunto. Quedamos para las siete. Me lo agradeció.

Se la debo. Pedro fue todo cuando desapareció Yolanda y me quedé solo en esta maraña indescifrable. Me metió de albañil, me enseñó el oficio, me dejó llevar como quien renace desde la urgencia. Y seguí así hasta hoy, solo, entre tumbos de presente rabioso y ráfagas de memoria impertinente. Es que el pasado no se amansa fácilmente; vuelve, sin piedad, siempre vuelve. Hoy me llega desde la voz de Tadeo. Una voz aguda, incómoda, chillona. Una voz de animal herido, como si yo no aullara por dentro. Yo estaba solo en casa y escuché que sonaba el teléfono. Bajé corriendo las escaleras, llegué al patio, me metí por la puerta que daba al comedor y atendí, agitado. Hola, dije. Yo jamás atendía el teléfono: si Angélica no estaba, nadie lo atendía. No bajaba de mi cuarto por nada del mundo. Pero ese día bajé. Nunca supe por qué. Y atendí. Y del otro lado estaba Tadeo, con su voz filosa, dando cuenta de lo inevitable: mamá murió, me dijo. La noticia no me sorprendió, no sentí nada en particular. Me quedé en silencio. Yo oía su respiración, pero no sabía qué decirle. Y ahora qué vas a hacer, le pregunté. No quería herirlo, tuve miedo de decir más. Ya veremos, dijo, y colgó. Con Tadeo hablábamos muy poco. Sabía que la mantenía a mamá como podía, que tenía un trabajo que no le gustaba, y que se quejaba de tanto en tanto. Poco más. Me pareció que la muerte de mamá debía aliviarlo. Eso pensé. Pero no se lo dije. Me pareció excesivo. Tampoco pregunté si la velaban, si la enterraban, si la cremaban. No pregunté nada. Nunca me lo reproché, no me salía otra cosa.

Creo que a Tadeo volví a contactarlo al poco tiempo de estar acá, tal vez

unos pocos días después de que Yolanda se fuera y me dejara solo en estas tierras de nadie. Tengo presente que tuve una fantasía entonces: pensé que acaso podíamos vivir juntos. Me acordé de nuestra infancia, me acordé de las clases de piano de Martina, y todas nuestras complicidades me llegaron tibias, como si fueran de ayer. Llamé a casa de mamá, nadie atendía. Atiné a llamar a lo de Angélica. Dos veces. Más veces. Hasta que la encontré. La saludé con algo de pudor, ella me atendió bastante bien. Me preguntó cómo estaba. Hacía rato que alguien no me preguntaba cómo estaba. Su voz se oía nítida, como si la tuviera a mi lado. Pero no quise entrar en detalles y pasé directo al tema que me importaba: ¿Sabés dónde puedo ubicar a Tadeo?

Lo último que supe de Mariano fue que andaba buscando al hermano. Me llamó una mañana, como con urgencia, preguntando si sabía algo de Tadeo. Le dije que sí, que Tadeo le había escrito una carta unos meses atrás y que la tenía conmigo. Le ofrecí despachársela por correo, pero no quiso darme su dirección. Se negó rotundamente; ya veremos, dijo, y cortó. Nunca supe desde dónde me llamó, ni si vivía con Yolanda, ni cómo andaba con su diabetes, ni qué comía. Yo me empezaba a acostumbrar a su ausencia; no quise hurgar demasiado. Me llamó una semana después, entusiasmado, y me dijo que tenía una solución: Podrías leerme la carta, ¿qué te parece?

Lo hice. La fui a buscar al cajón de mi escritorio y volví corriendo. Como remitente figuraba Tadeo Campos, pero no había dirección. Se lo dije antes de abrirla. Yo supuse que ya no vivía en lo de su madre. Me encontré con un papel rayado y varias líneas torpes escritas en tinta azul. El llamado se cortó antes de que terminara de leérsela: Tadeo estaba muy enfermo. Me queda poco, le decía. No recuerdo el texto exacto. Tampoco quedaba claro qué enfermedad tenía. Fue lo último que supe de él. Ahora, si me disculpa, necesito descansar.

Entre gardenias

Mi madre llegaba, sus arrugas estiradas, los pies cansados, y se ponía a cocinar, como si cocinar le significara tapar un agujero urgente, gigante, porque nada la contenía,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

mientras yo le hablaba y el aceite rugía en la olla, pfiss, pfiss, rugían los huevos, rugían las papas, pfiss, rugía el arroz. Después ella me daba los huevos, las papas, el arroz,

—Comé, Adelaida, comé

y yo comía el silencio, el resquicio, el desquicio, mientras ella llegaba exhausta, redonda, las arrugas estiradas, sin facciones, los tobillos hinchados, y cocinaba, pfiss, y era el olor del aceite sobre la cocina, del aceite estallando en la olla, y el olor de los huevos, pfiss, y yo le hablaba del colegio, de esa compañera, de la maestra y ella

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

y la comida, pfiss, y mis palabras silenciadas de eso urgente que ocurría en la olla, que siempre me acallaba de urgencia, hasta que ya no supe hablar, como con el secretario, solo silencios, solo comer, porque de eso se trata, de comer hasta reventar, porque las palabras no salen, no dicen, no rellenan agujeros, la comida sí,

—Comé, Adelaida, comé.

Mi padre llegaba tarde, silencioso, delgado, debía tener otros agujeros, distintos, agujeros que no se rellenan de papas, de fideos, de arroz; llegaba y lo recibía solo el silencio, el desquicio, el desprecio, y yo lo veía en la penumbra, en puntas de pie, en la rendija de la puerta, aferrarse al silencio para sacarse los zapatos, aferrarse al marco para sacarse las medias, entre saltitos un poco ridículos, cuando se desaferraba un poco, dos o tres, y sacarse el pantalón, en puntas de pie, y acostarse al lado de mi madre gorda, que roncaba a esa hora, y yo, que miraba por la hendidura de la puerta ese rectángulo de luz azul, que daba saltitos un poco ridículos, al sacarse los zapatos, o las medias, antes de acostarse al lado de mi madre gruesa y roncar con ella esa canción de desquicio, de resquicio, de intersticio,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo
entonces yo me abrazaba a la almohada, en esa lumbre de luz azul, y
hablaba sola, en el silencio que ya era solo mío, solo mío mientras mamá
roncaba su gordura en pausa y papá daba sus saltitos de luz azul.

A los quince vino Pedro, acaso le gustaran las gordas, lo pienso ahora, me
buscaba a la salida del colegio, me perseguía su sombra, él tenía dieciocho,
pasaba el día en el billar, se despertaba al mediodía para buscarme con su voz
melosa, ronca, cavernosa, a veces creo que él la volvía gruesa para mí, un
ramo en las manos, a veces un chocolate, o las manos vacías y los ojos de
inquisición, y yo que creía que era una burla, por mis muslos troncos, mis pies
macetas, mi cara estirada, mi abdomen hinchado de papas, de fideos, de arroz,
a pesar de la firmeza de mi carne de entonces, que no se dignaba a estirarse
tanto, pero se estiraba, obligada, y era una masa compacta, rígida, dura, de
carne, gorda, y él con ese ramo en la puerta, y yo descreyéndole, riéndome,
desmintiéndome,

—No te oigo, Pedro, no te oigo
y Pedro

—Sos el amor de mi vida

y yo escuchando la burla sobre mi abdomen hinchado de papas, mis muslos
compactos de arroz, mis nalgas redondas de aceite, rellenas, rotundas,
mirando el suelo, las baldosas cuadradas, de ballenitas amarillas, ese amarillo
tenue, arrastrando el alma, redoblando la burla de mis compañeras, el
sarcasmo de la maestra, esa risa atenuada de todos, en sordina, como si me
quisieran ahorrar una parte del escarnio, de la injuria, del sarcasmo,

—Comé, Adelaida, comé

pero no soy tonta, puedo parecerlo, pero no, le digo a Pedro que se vaya,
que deje de perseguirme, que me ahorre las rosas de burla, los chocolates de
vicio, las manos vacías de amor, que llego a casa y me calmo sola, la lata de
galletitas solo mía, o voy al almacén y compro medio kilo de bizcochos y
medio de surtidas, o voy a la panadería y compro una docena de medialunas y
me relleno el resquicio, el desquicio, el esquicio,

—Basta, Pedro, ya

y Pedro insistente, volviendo, indignándome, burlándome,

—Sos el amor de mi vida

y yo que un día ya no aguanto y le pego, cierro el puño, lo lleno de silencio,
lo cierro otra vez, lo lleno de arroz, lo cierro otra vez, lo lleno de escarnio, y
se lo dirijo directo a la nariz, con todas mis fuerzas, con todas las fuerzas de

mi vientre abultado, del pecho en jirones, de los fideos y de los huevos, y se lo estampo en la cara magra, ovalada, no redonda, ovalada, y le sangra un poco la nariz, y me mira raro, como con desilusión, desasosegado, perplejo, con un poco de estupefacción, recoge el ramo, y se va solo, tambaleante, dando saltitos un poco ridículos, agarrándose la nariz, mirando el piso, solo, un resquicio de maledicencias que merezco solo yo, son todas mías, de mi yo inflado, de mi yo gordo, poderoso, humillado. No volví a escuchar que yo fuese el amor de la vida de alguien. Algunas noches sueño con aquella voz enronquecida para mí, gruesa por mí, que me dice

—Sos el amor de mi vida, Adelaida
que me dice

—Te necesitamos en el ministerio, Adelaida
y se me aparece mi madre, justo antes de morir,

—No quiero, Adelaida, no quiero

que no le amputaran los dedos, pero era ineludible, ella se negaba, pero no se podía evitar, renegaba, pero eran los dedos o la pierna, le amputamos los dedos, en la clínica, ella estaba en la clínica entonces, yo la visitaba dos veces por semana, cuando cerraba el negocio los miércoles, y los domingos, que eran días de nada, de empanadas, de panadería, días de buñuelos, de televisión,

—Comé, mamá, comé

la visitaba, le llevaba bizcochos, o medialunas, sí, yo le llevaba, porque sabía que le gustaban,

—Comé, mamá, comé

pero al final ella comía menos; murió gorda igual, pero comía menos, porque estaba un poco vieja, y un poco desvaída, y un poco le daban esa comida sin sal, que no le gustaba, así que las arrugas se le empezaron a notar un poco más, no mucho, murió con el rostro estirado igual, porque ella nunca le dio espacio a los silencios, a los intersticios, no, no le dio lugar,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

así que murió con la cara redonda nomás, en la clínica de la alameda Santos, al cuidado de esas enfermeras tan caritativas, tan bondadosas

—Coma, doña Eugenia, coma

cuidándola como si fuera su madre,

—Pórtese bien, doña Eugenia, vamos a la diálisis

como si fuera una santa,

—Trate de hacer pipí, doña Eugenia, hacer pipí le hace bien

y mi madre obediente, a la diálisis, a la chata, a la comida, mirándome con los ojos de siempre

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

clamándome que no le amputaran los dedos, y yo explicándole

—No te oigo, mamá, no te oigo

y asintiendo, porque no quedaba otra, y papá con esa cirrosis que le impedía visitarla, la visitaba yo, y la cuidaban las enfermeras de siempre, tan caritativas, tan meticulosas

—No me moje la sábana esta noche, doña Eugenia, que para eso está el timbre

tan aplicadas, resignadas, cuidándola,

—Coma, vieja de mierda, que no tengo todo el día

tan cuidadosas que si no fuera por ellas no sé qué hubiera sido de mi madre,

—Comé, mamá, comé.

Por suerte estuvo en buenas manos hasta que me llaman de la clínica, ha muerto su madre, me dicen, y se me viene encima el aceite, pfiss, de la papa, de los huevos, pfiss, del arroz, y sus manos saturadas,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

y su urgencia por rellenar tanto agujero, tanto intersticio, tanto desquicio,

—Comé, Adelaida, comé

pero un día muere,

—Ha muerto su madre, Adelaida.

Voy al entierro; vamos despacio, ella y yo, y el director de la clínica, que siempre acompaña, porque es una clínica buena, el director acompaña y después se va, entonces me quedo a solas con mi madre, mi madre que ya no dice No te oigo, Adelaida, que ya no dice Comé, Adelaida, entonces le puedo contar, le cuento de Pedro, de la maestra, del escarnio, de mis compañeros, de las burlas, de mi gordura tan grande, porque ahora la veo más calmada, o me amordaza menos, y creo que puede escucharme, porque ya no está como antes, tan ensimismada.

Hay muertes que solo llegan, no avisan, lo agarran a uno en la ducha, o en la cama, y le amputan a uno la cena, o la mañana. La vida tampoco es voluntaria, solo sucede, casi siempre al azar, llega un día y dibuja escenas, unas detrás de las otras, y uno ahí, aleteando, haciendo equilibrio, haciendo de cuenta que se tiene cualquier clase de dominio, como si uno eligiera. Como cuando vino el secretario, esa mañana, a buscarme, entre nadas, porque sí, pensé que se había enterado de mis estudios, y que habría pensado No tiene hijos, No tiene marido, que es como pensar, Tiene todo el tiempo del mundo, así que estimé que por eso me había venido a buscar, el secretario, esa mañana, cuando yo estaba en la facultad, porque ahí me pasaba el día a los treinta, treinta y tres años, dando clases, preparando clases, los alumnos en un silencio de respeto, hasta que me avisan que un secretario me anda buscando, afuera, para cuando termine. Salí un poco apurada, intrigada, preguntándome qué era eso del secretario que me esperaba. Salí enredada en mi gordura, apurando mi abdomen, preguntándome quién me venía a buscar: era Pedro, estaba afuera, de pie, tranquilizándome,

—Sin rencores, Adelaida, sin rencores

y yo preguntándome qué quiere este, a qué viene, tantos años pasaron,

—Te necesitamos, Adelaida, en el ministerio

el mismo Pedro, el de la cara magra, ovalada, me invita un café, la nariz entera, y yo acepto, incrédula, sorprendida, el abdomen inflado, la cara redonda, el café,

—Te necesitamos, Adelaida, en el ministerio

tan respetuoso, tan prometiéndome Sin rencores, que se me pasa el espanto, me calmo, me callo, me calcino el desquicio, el resquicio, y le digo que lo voy a pensar, que vuelva mañana, su cara magra, ovalada, a la facultad. Vuelvo a casa, prendo la hornalla, pffiss, el arroz, los fideos, hoy no fui a visitar a mamá, pero ella se me viene en silencio, la cara redonda,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

no sé qué hacer, mamá, volvió Pedro, que me necesitan en el ministerio, debe ser algo que no entiendo,

—Te necesitamos, Adelaida

el arroz está listo, lo sirvo en una fuente, la fuente grande de vidrio, la fuente en la que mamá me servía los fideos, la llevo a la mesa, con los panes de hoy, y los huevos, y la porción de torta que sobró de la torta de ayer, en otro plato, de postre, y pongo todo sobre la mesa, y como. Pero claro, Pedro me vino a buscar pero nada que ver con las piedras, con la geología, con nada que yo hubiese estudiado: solo rellenar planillas: femenino, masculino, planillas, 33, 20, 18 años, planillas, direcciones, destinos, horarios, más planillas. Rellenar planillas. Pedro se había casado, tenía una beba, no flores, no chocolates, no más el amor de mi vida, nada, planillas, entregar planillas, algo de estadísticas, algo así, de planillas. Y papá en el cuchitril ese, con la loca esa, la de la tienda de enfrente, la de los pelos arañados, secos, como paja, con esa, sus arrugas finas, traslúcidas, no conmigo, con esa, con la de la tienda de lanas, flaca, esmirriada, las crenchas rubias, colgando, y los ojos caídos, como cae la miel, del mismo color, la misma textura, ella misma lánguida, sufrida, en la tienda de enfrente, ocho horas diez doce, vendiendo lanas, esperando que terminara ese fastidio, ese aburrirse ocho horas diez doce, como todos los días, esperando la noche, para bajar la persiana, desvestir sus huesos pobres en su casa pobre, esa, con la que pasaba las noches antes de dar saltitos ridículos en el rectángulo de luz azul, antes de agarrarse del marco de la puerta para sacarse los zapatos, con Laura, Laura arrugada, Laura triste y flaca, con Laura vendedora de lanas. Papá se fue cuando la internaron a mamá y me quedé en la casa, el mismo arroz, pfiss, las mismas papas, y en las noches, a la hora exacta, lo imaginaba dando saltitos en la luz azul, en el rectángulo del pasillo, era una sombra mía, que saltaba, hasta esa noche, cuando suena el teléfono, esa tarde, en realidad, casi noche, a la hora del azul malva, cuando suena el teléfono y creo que es papá,

—¿Papá?

era él,

—Adelaida, es urgente

yo azorada, muda, el abdomen abultado de susto, el oído aguzado de pasmo, tratando de traducir un soplado, un aliento, un ruido cualquiera, en mis oídos acostumbrados al silencio, desde mi garganta estrangulada de grasa, de miedo, de rencor,

—...

y él, como si yo fuera otra, una hija a quien se le habla, a quien se la mira,

—En diez minutos estoy por ahí

y yo en el silencio, en el pasillo que da al cuarto, de pie, el abdomen hinchado de arroz, de miedo, de amor,

—Te espero, papá

corrí a vestirme, papá venía, a peinarme, volvía, a arreglarme, para que me viera bien, a lavarme los dientes, para sacarme ese gusto a ajo, al ajo del arroz, el gusto de la fritura del ajo con arroz, a peinarme, para que me viera hija, y esperé, una hora, sentada, frente a la televisión antigua, la que me dejó mamá, la misma, sentada, prolija, para no despeinarme, esperé dos horas, papá venía,

—Adelaida, es urgente

lo esperé dos horas, dos horas y media, me quedé dormida, en el sofá, frente al televisor que me dejó mamá, donde mamá comía los buñuelos, los días de lluvia, espolvoreados con azúcar, y sus tobillos se agigantaban de silencios y sus pliegues crecían de abandono y sus dedos se estrangulaban en los anillos de lata y los buñuelos agotaban la tarde de lluvia, los domingos, como yo ahora, los domingos, que son días de nada, de empanadas, de televisión, porque al cementerio no voy tanto como antes a la clínica, y cuando voy todo me suena a vómito y le escupo palabras atragantadas

—No te oigo, mamá, no te oigo

cuando voy al cementerio le cuento todo lo que antes no pude, le cuento de Pedro, de Pedro en el ministerio, de las planillas, femenino, masculino, 30, 22, 18 años, las planillas que no entiendo, enemigo, que relleno, infiltrado, que entrego, elemento hostil, y le cuento de Aurora, de cuando iba al colegio, Aurora la rubia, tan linda, con sus tantas palabras, tan claras, riéndose de mis muslos, de mis nalgas voraces, de mi abdomen hinchado, Aurora tan libre, tan suelta, le cuento del escarnio, de las burlas, porque ahora mamá escucha, tan pacífica, ahora escucha, no como antes,

—No te oigo, Adelaida, no te oigo

escucha tan parsimoniosa, entre rosas y gardenias, blancas sobre el verde, escucha, no cocina, no me empava, no me pfissa, entonces le cuento de cuando vino papá, no esa noche, en diez minutos, sino a la mañana siguiente, y me encontró perfumada, vestida, un poco despeinada de demora, los dientes lavados para sacarme el ajo de encima, el arroz de encima, cuando vino papá y yo lo esperaba, el pecho inflado de hija, el vientre grande de arroz, el pelo perfumado con esa colonia barata, lo único que encontré en el botiquín, lo esperaba cuando vino, esa mañana, al alba, pateando la llovizna ínfima de esa madrugada; llegó endeble, encorvado, y yo expectante, orgullosa, escucho

—¿Así que trabajás para ellos?

dudo, me silencio, me hincho la panza de arroz,

—¿Así que trabajás para ellos?

me demudo, me floto la garganta en un estupor de ignorancia, me estiro los ojos cansados de perfume, me aliso el pelo peinado de espera, me anudo el vientre lleno de pavor

—...

enmudezco de dudas, de sueño, de terror; escucho

—Buchona

le cuento todo a mamá, pero no me dice nada, no me rellena los vacíos, no me contesta, no me saca las dudas, solo escucha, desde la tierra fría, entre gardenias,

—Buchona.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

